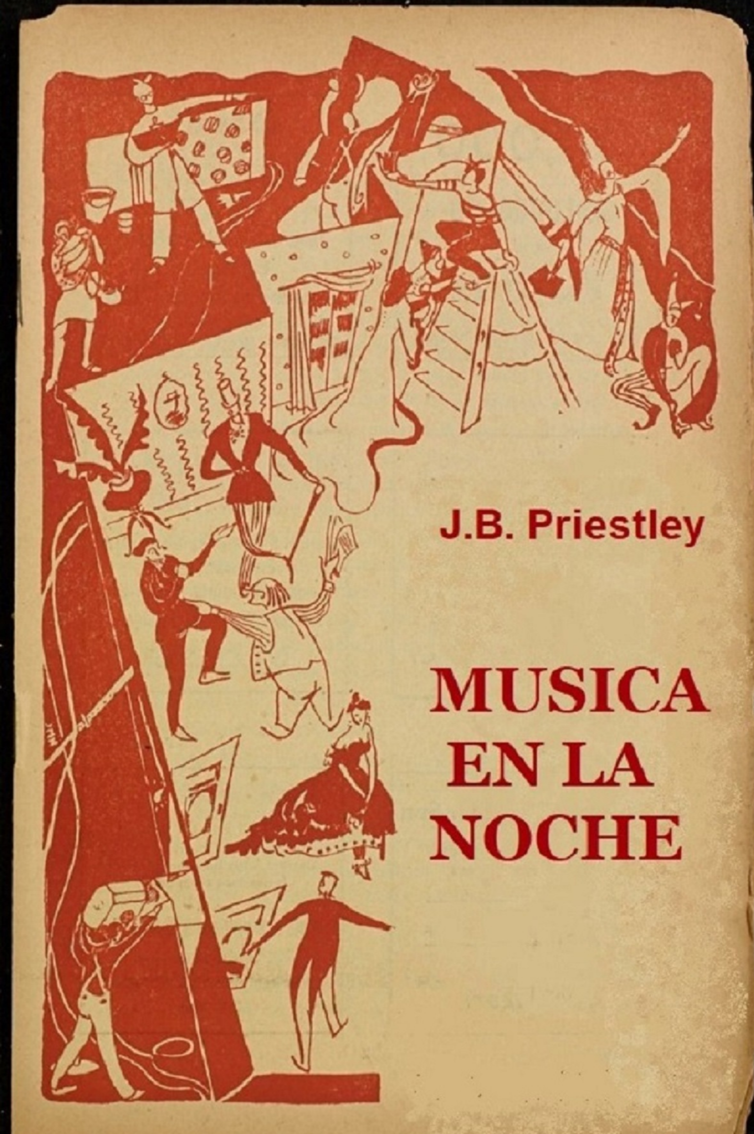


J.B. Priestley

MUSICA EN LA NOCHE

J. B. PRIESTLEY

MUSICA EN LA NOCHE

(MUSIC AT NIGHT)
COMEDIA EN TRES ACTOS



Traducción del inglés por
BERTA YUSSEN



AGUILAR



J. B. Priestley

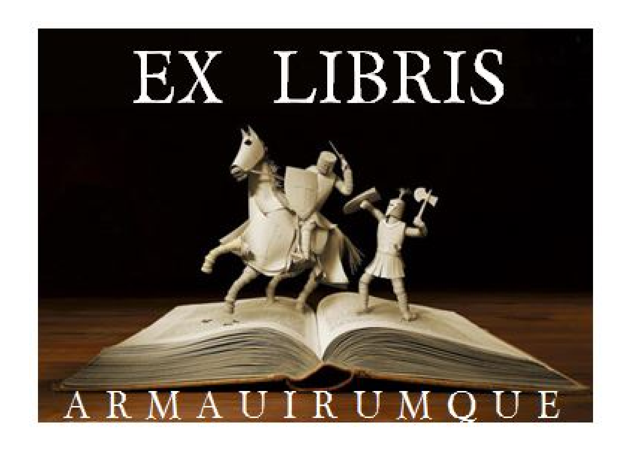
MUSICA EN LA NOCHE

(MUSIC AT NIGHT)

COMEDIA EN TRES ACTOS

Traducción de

BERTA YUSSEN



PERSONAJES

(Por orden de aparición)

DAVID SHIEL.
NICHOLAS LENGEL.
MISTRESS AMESBURY.
KATHERINE SHIEL.
PETER HORLETT.
ANN WINTER.
PHILIP CHILHAM.
LADY SYBIL LINCHESTER.
SIR JAMES DIRNIE.
CHARLES BENDREX.
PARKS.
RUPERT AMESBURY.
MISTRESS CHILHAM.
TOM.
DEBORAH.
DOCTOR EBENTHAL.

El escenario representa una gran sala de música en casa de mistress Amesbury, en Londres. La acción es continuada, y la época, la noche anterior a la declaración de la guerra.

ACTO PRIMERO

Entran SHIEL, con la partitura, y LENGEL, con su violín. Están abstraídos en una conversación técnica.

SHIEL.—Ejecutaremos toda la parte central del primer movimiento con más rapidez y vigor de lo que hicimos esta tarde.

LENGEL.—Muy bien, David. Pero recuerda que yo te sigo a ti.

SHIEL.—Lo sé. Pero si yo lo hiciese demasiado lento y suave, hazlo tú con más fuerza.

LENGEL.—Le daré la fuerza del dominio. *(Observando a su alrededor.)* ¿Dónde tocaremos?

SHIEL.—*(Señalando hacia el interior, en el momento en que entra* MISTRESS AMESBURY.) Allí dentro.

MISTRESS AMESBURY.—*(Apresuradamente.)* Había olvidado que usted no ha tocado aún aquí, míster Lengel. He oído decir que toca usted tan a menudo y, en verdad, tantas personas lo han hecho para mí, acá, que no me daba cuenta...

LENGEL.—*(Con un dejo de ironía.)* Y ahora, al fin, mistress Amesbury... tengo el honor.

MISTRESS AMESBURY.—Gracias, aun cuando no creo ni por un momento que se sienta usted honrado. ¿Por qué habría de sentirse? Probablemente piensa usted: «La vieja entremetida me ha invitado al fin...»

LENGEL.—¡Oh, no, por favor! Además, sé lo que ha hecho usted por la música... y especialmente por David.

MISTRESS AMESBURY.—No he hecho mucho, pero al menos lo he intentado. Y como le dije a usted, este concierto me tuvo nerviosa durante semanas.

LENGEL.—¿Verdad? Es una de las mejores obras que ha realizado David.

MISTRESS AMESBURY.—¡Espléndido! *(Se dirige con él hacia el interior.)* Debo pedirles disculpas por colocarlos en ese lugar apartado, pero siempre he tenido mi piano allí, y creo que la plataforma ayuda enormemente.

SHIEL.—*(Asintiendo.)* También a mí me gusta.

LENGEL.—Queremos que nos escuchen, no que nos vean.

MISTRESS AMESBURY.—Llamaré a los demás. Les advierto que será una reunión muy pequeña. Como de costumbre, varias personas me avisaron en el último momento, telefoneando, para de-

cir que no podrían regresar del campo a tiempo... ¡Son unos holgazanes y embusteros! De modo que ya están aquí todos, excepto Charles Bendrex... y sé que él vendrá.

SHIEL.—*(Impresionado.)* Bendrex, ¿eh?

LENGEL.—¿El ministro del gabinete?

MISTRESS AMESBURY.—Es un viejo amigo mío. Siempre dice que adora la música.

LENGEL.—*(Burlón.)* ¿Será cierto? ¿Un político inglés?

MISTRESS AMESBURY.—Eso dice, y se queja porque no puede dedicarle más tiempo. De modo que insistí para que viniese esta noche. Usted sabe, David, que él podría hacer algo por usted.

SHIEL.—Lo sé. Si a Bendrex le gusta el concierto de esta noche y yo me muriese la semana próxima, sería capaz de obtener para Katherine una pensión civil de cincuenta libras anuales.

LENGEL.—*(Dirigiéndose hacia el interior.)* ¡Vaya! Cincuenta libras de buen dinero del Gobierno... con las que podría comprarse una hermosa bomba.

MISTRESS AMESBURY.—*(Rápidamente, bajando la voz.)* David, espero que no le importaría a usted el que yo haya invitado a Sybil Linchester esta noche.

SHIEL.—*(Más bien con embarazo.)* No, por Dios. ¿Por qué había de importarme?

MISTRESS AMESBURY.—No deseaba invitarla. Nunca se sabe de qué humor estará, y si se siente lo bastante maligna para echarlo todo a perder. Pero deseaba venir y traer a sir James Dirnie...; por supuesto, usted estará enterado..., todo el mundo lo sabe.

SHIEL.—Sí. He oído decir que Dirnie la mantiene.

MISTRESS AMESBURY.—¡David, qué frase tan horrible!

SHIEL.—Es la menos ofensiva que se me ha ocurrido.

MISTRESS AMESBURY.—Bien. Como usted sabe, Dirnie es enormemente rico y Sybil lo presenta ahora como protector de las artes..., solo ha dado unos pocos miles para ese proyecto de ópera..., y pensé que podría ser beneficioso que escuchase el concierto.

SHIEL.—Es posible que sea así, pero me cuesta creerlo.

MISTRESS AMESBURY.—Esa es la razón de que Sybil esté aquí, bebiendo mi mejor coñac lo más de prisa que puede. Me alegro que no le importe que haya venido.

SHIEL.—Repito. ¿Por qué habría de importarme?

MISTRESS AMESBURY.—*(Luego de mirarlo fijamente.)* Me pareció haber oído algo..., una vez..., hace algunos años...

SHIEL.—Historia vieja, probablemente falsa.

MISTRESS AMESBURY.—Es mi edad. Estoy comenzando a olvidar la diferencia que significan unos pocos años cuando se es más joven. Bien, iré a buscarlo. *(Entra* KATHERINE SHIEL.)

KATHERINE.—Mistress Amesbury, míster Bendrex acaba de llegar. Será mejor que usted lo vigile. Parece terriblemente cansado.

MISTRESS AMESBURY.—*(Mientras sale.)* Pobre Charles, temo que esté terriblemente cansado estos días. *(Sale.)*

KATHERINE.—No me había dado cuenta de que míster Bendrex estaba tan viejo. Parece agotado. *(Mira a los dos hombres.)* Bien, muchachos, ¿todo listo?

LENGEL.—Mi querida Katherine, tú estás nerviosa.

KATHERINE.—¿Cómo lo sabes?

LENGEL.—Conozco tu mirada. Y ese «muchachos»... Esa no eres tú en realidad. ¿Y por qué estar nerviosa? Después de todo, esta gente..., ¿quiénes son?

KATHERINE.—Ilustres, algunos de ellos. Nick.

LENGEL.—¿Quieres decir que sus nombres aparecen en los periódicos? También aparecen las pastas dentífricas y las pildoritas para el hígado.

KATHERINE.—*(En tono de broma, a* SHIEL.) Estás muy cínico esta noche.

LENGEL.—Porque es noche de domingo. Siempre estoy así los domingos por la noche.

SHIEL.—¿Qué crees que eres del lunes al sábado? ¿Un rayito de sol?

KATHERINE.—*(Apresuradamente.)* Escucha, David, esto es importante. Philip Chilham está aquí.

SHIEL.—¿El individuo que escribe esa espantosa columna en «La Gaceta Diaria»? ¿Qué sabe de música?

KATHERINE.—Probablemente, nada. Pero, al parecer, todo el mundo lee su columna. Acaba de decirme que Filderberg está en camino hacia aquí, desde Nueva York. Podría llevarse la partitura del concierto con él, David.

SHIEL.—Podría ser, si tuviese ocasión de verlo.

LENGEL.—Yo no lo haría. Tú eres un romántico...

SHIEL.—*(Indignado.)* No lo soy.

KATHERINE.—Por supuesto que lo eres. Continúa, Nick.

LENGEL.—...y Filderberg es muy rígido y frío. Una gran técnica, por supuesto..., pero uno siente como si se burlase de la música que ejecuta.

KATHERINE.—¿Y eso por qué?

LENGEL.—Está agriado Tú sabes lo que le ha sucedido a su familia en Viena; algo horrible. De modo que parece que ahora utiliza su gran técnica para burlarse de la música. Al menos, de toda música delicada y romántica.

KATHERINE.—Pero ¡eso es tremendo!

LENGEL.—Puedes no haberlo notado, Katherine, pero ahora existen muchas cosas tremendas.

SHIEL.—Incluso nuestra interpretación de este último movimiento, Nick. Me hubiera gustado hacer otro ensayo. Fíjate. *(Mientras miran juntos la partitura, entra* PETER HORLETT.)

KATHERINE.—*(Divertida.)* Parece un tanto melancólico.

PETER.—Me siento melancólico.

KATHERINE.—Debo prevenirle que se verá usted obligado a escuchar el concierto de mi esposo.

PETER.—¡Oh! ¿Es usted mistress Shiel? Yo soy Peter Horlett.

KATHERINE.—Lo sé. El otro día he leído unos poemas suyos. *(Hace una pausa.)*

PETER.—¿Buenos?

KATHERINE.—*(Sonriendo.)* Prefiero esperar hasta saber lo que piensa usted del concierto de David.

PETER.—Eso no es honesto.

KATHERINE.—Muy bien. Algunos me gustaron mucho. Pero si son poemas para el pueblo, como dice usted que son, ¿no debiera escribirlos de modo que el pueblo los comprendiese?

PETER.—*(Orgulloso.)* Los comprenderá algún día, cuando las masas salgan de su letargo. (ANN WINTER, *una joven y hermosa muchacha, entra precipitadamente.)*

ANN.—*(Excitada.)* ¡Peter! ¡Peter!

PETER.—*(Con jovial brusquedad.)* Cállate, Ann. Estoy hablando.

ANN.—*(Alegremente, a* KATHERINE.) ¿Verdad que sus modales son detestables? *(Dirigiéndose a ambos, muy confidencialmente.)* Este... no creo que lady Sybil Linchester sea tan maravillosa.

PETER.—*(Con inmenso desprecio.)* ¿Maravillosa? Es un veneno. Y lo mismo ese individuo, Dirnie. Y Chilham. Y Bendrex, ese viejo almidonado. Todos, veneno.

ANN.—*(Aún confidencialmente.)* No. El viejo míster Bendrex es encantador. Pero realmente no veo que la famosa lady Sybil...

PETER.—*(Mordaz.)* «Snoops!» (1). ¡Dios, qué espécimen! «Snoops!»

ANN.—Realmente no veo que sea tan admirable. Ante todo, se está poniendo anticuada.

KATHERINE.—Respecto a este punto, un poco de juicio. Rechazo ser yo anticuada.

ANN.—Usted es diferente, mistress Shiel. Pero ¿no cree que a menudo muchachas como esas, con la ayuda de astucias o artificios, convencen a algunas personas de que son maravillosas y luego esto circula durante años? Quiero decir que todo el mundo dice que son maravillosas, cuando en realidad no lo son. ¿No lo crees así, Peter?

PETER.—¿Cómo?

ANN.—¡Oh!... ¡Eres una calamidad! (PHILIP CHILHAM, *un hombre delgado, pálido, de aspecto consumido, de unos treinta años, aparece por la entrada y se detiene para encender un cigarrillo.)*

PETER.—*(En voz baja.)* ¡Oh Dios! Aquí viene «La Gaceta Diaria». *(Se dirige hacia la izquierda para sentarse en una silla.* CHILHAM *se acerca a los dos hombres que se hallan en el centro. Los dos músicos están aún ocupados con la partitura.)*

CHILHAM.—*(Que habla de manera rápida y lacónica, más bien a la americana.)* Puedo adelantarles que pronto se producirá otra vacante en el Gabinete.

KATHERINE.—¿Por qué?

CHILHAM.—*(Bajando la voz.)* Creo que Bendrex no durará

(1) Voz familiar que significa entremetida, curiosa.

mucho. Está viejo, por cierto, pero además parece un hombre enfermo. El corazón, me han dicho. *(Hace una pausa.)* Dígame una palabra sobre mistress Amesbury. Casi no la conozco.

ANN.—*(Impulsivamente.)* Es simpática.

CHILHAM.—*(Lacónico.)* Muchas gracias.

KATHERINE.—*(Con cierto apresuramiento.)* Es viuda desde hace bastante tiempo, y unos seis años atrás perdió a su único hijo, Rupert. Estaba en la aviación, era piloto de pruebas y murió. A ella le gusta mucho la música, y trata de ayudar a las personas como mi marido, de distintas maneras... como..., bueno..., como esta noche, por ejemplo.

CHILHAM.—*(Tomando nota mentalmente.)* La comprendo.

ANN.—*(Con animación.)* Y yo soy Ann Winter, míster Chilham. Es un nombre fácil de recordar. Estoy aquí porque mi madre es una vieja amiga de mistress Amesbury, y a mí también me gusta la música, y, veamos, ¿en qué me destaco yo?

PETER.—*(Refunfuñando desde su silla.)* En fastidiarme.

ANN.—Cállate, Peter.

CHILHAM.—*(Conciliador.)* Supongo, Horlett, que le molestaría que lo mencionáramos en nuestro periódico capitalista.

PETER.—Como usted prefiera.

CHILHAM.—¿Está enterado de que su amigo Fordley colaborará para nosotros?

PETER.—No me sorprende. Siempre pensé que no costaría mucho comprar a Fordley, sobre todo después de su casamiento con esa muchacha.

CHILHAM.—*(Fríamente.)* ¿Podemos publicar eso?

PELER.—No se atreverá usted.

CHILHAM.—Por la mañana lo encontrará usted en mi columna.

PETER.—*(Alarmado.)* No. Confío en que no lo hará. Olvídelo, por favor, Chilham.

CHILHAM.—Bien, pero otra vez no nos desafíe usted. Hemos recogido infinidad de desafíos en «La Gaceta», que no acostumbra viajar en tranvía como sus insignificantes y pobres periódicos «rojos».

PETER.—*(Acaloradamente.)* Sí, pero el de ustedes se tambalea por la ciudad, como una maldita carreta carnavalesca de ruedas ensangrentadas. *(Entra* SYBIL LINCHESTER *seguida por* SIR JAMES DIRNIE. *Ella le habla en voz alta y en forma insolente.)*

LADY SYBIL.—Es una de esas casas que se parecen a los estudios cinematográficos. En ella te toman fotografías continuamente. No hay tiempo en realidad de hacer nada, solo aparentar como si se hiciese algo... para los fotógrafos. Audrey dice que siempre que está allí, espera encontrar debajo de la cama a un fotógrafo. *(Está ya en el centro de la escena. Al verla,* CHILHAM *se separa de* PETER *y se acerca para salularla.* ANN *habla con* PETER. SIR JAMES *se aproxima a* KATHERINE SHIEL.)

SIR JAMES.—*(Amablemente.)* Es usted mistress Shiel, ¿verdad?

KATHERINE.—Sí; y usted, sir James Dirnie.

LADY SYBIL.—*(En voz alta, a* CHILHAM.) ¿Es verdad que Verity-Uppingham está aún rodando por Alemania, gritando «Heil Hitler», vestida con «shorts» y mostrando a las tropas de asalto sus muy nórdicas piernas?

KATHERINE.—Yo espero que sea usted un amante de la música.

SIR JAMES.—Un poco.

CHILHAM.—*(En tono jactancioso.)* Nuestro corresponsal en Berlín dice que es aún peor que eso. Vea usted...

SIR JAMES.—No conozco mucha música, pero trato de conocerla. No puedo ser más sincero, ¿verdad?

LADY SYBIL.—¿Sabe quién hace ahora la publicidad para Mercy Beaufort?

CHILHAM.—Un muchacho que se inicia. No es bueno.

LADY SYBIL.—Lo hace con mezquindad.

CHILHAM.—Trata de solucionarlo económicamente.

LADY SYBIL.—Mercy trata siempre de solucionarlo todo económicamente. Imagina que la vida es un gran baratillo.

KATHERINE.—No, una vez que ha comenzado algo, entonces David continúa tesoneramente y es un ángel. El momento difícil es el anterior al comienzo; es entonces cuando se pone realmente fastidioso. Pero, naturalmente, ya estoy acostumbrada, y hasta los niños comprenden que no deben molestarlo en esos momentos.

SIR JAMES.—Es un hombre afortunado.

KATHERINE.—¡Cómo! ¡Usted dice eso! ¿No sabe que ha sostenido una lucha terrible?

SIR JAMES.—La lucha tiene un sentido cuando se hace por algo valioso. Insisto: es un hombre afortunado.

LADY SYBIL.—*(Volviéndose.)* Eso suena muy mal, dicho por ti, Jimmy. ¿Quién es un hombre afortunado?

SIR JAMES.—Shiel.

LADY SYBIL.—*(Mirando con insolencia a* SHIEL *y a* KATHERINE.) ¿Verdad? *(Emite una breve risita irónica.)* Eso es muy amable y modesto de tu parte, Jimmy. *(Se vuelve nuevamente hacia* CHILMAN.)

PETER.—*(A* ANN, *elevando de pronto la voz y llamando la atención de los demás.)* Bueno, ¿por qué no, tonta? No veo por qué no habríamos de destruirlo todo y empezar de nuevo.

SIR JAMES.—¿Qué significa eso?

PETER.—Estoy diciendo que no tengo inconveniente en destruir a Homero y a Shakespeare, y a Dante y Miguel Angel, y a Leonardo y Bach, y a Mozart y la Capilla del Colegio Real y a Chartres y la Biblioteca Bodley, y el Museo Británico y la Galería Nacional... y a todo ese conjunto de engañifas. ¿Por qué no? Entonces tendríamos la alegría de realizarlo todo nuevamente. Comenzando desde el principio. Con un programa limpio.

LADY SYBIL.—*(Maliciosamente.)* Me alegro de oírle decir «programa».

PETER.—*(Con desconfianza.)* ¿Por qué?

LADY SYBIL.—Suena tan propio de usted... (MISTRESS AMESBURY

entra con BENDREX, *quien lleva en la mano una copita.* MISTRESS AMESBURY *está animada, pero impaciente.)*

MISTRESS AMESBURY.—Vamos, Sybil, no sea perversa, y usted, Peter, no haga tanta alharaca. No comenzará a destruir nada esta noche. Pero, Charles, usted aún no los conoce a todos...

BENDREX.—No, pero no retrasemos las cosas, mi querida May.

MISTRESS AMESBURY.—Lo haré rápidamente. Lady Sybil y sir James Dirnie, ya se conocen ustedes. Esta es mistress Shiel. Miss Ann Winter. Y este es Peter Horlett, que cree ser un poeta comunista. *(Los dos músicos, que se encontraban en el interior, se adelantan por un momento.)* David Shiel, el compositor. Y míster Lengel, que, muy amable, ejecutará la parte del violín esta noche.

BENDREX.—*(Afable.)* Será un gran placer escuchar una obra nueva tan importante...

SHIEL.—Es muy amable por su parte haber venido, míster. *(A* MISTRESS AMESBURY.) Estamos dispuestos, si sus invitados lo desean.

MISTRESS AMESBURY.—Colóquense cómodamente. Charles, usted se sentará aquí. *(Comienza a tomar asiento.* MISTRESS AMESBURY *atiende a* BENDREX.)

BENDREX.—*(Con cierta dificultad.)* Un momento, mi querida May.

MISTRESS AMESBURY.—Por supuesto, Charles. Pero no se siente mal, ¿verdad?

BENDREX.—*(Lenta y débilmente.)* En verdad, no. Pero debo tomar ciertas precauciones. *(Ella sostiene la copa mientras* BENDREX *saca una pequeña cajita y traga una o dos pastillas con el agua. Le devuelve la copa y cierra los ojos por un momento, mientras ella la deja sobre la mesa. En seguida él parece más animado.)* Ahora un poco de música. En estos días la música es lo que más me agrada, porque es el único arte realmente incontaminado. No lo lleva a uno de nuevo a los periódicos. No lo arrastra al resto del mundo. Es posible abandonarse a ella.

MISTRESS AMESBURY.—Eso es lo que la hace a veces más peligrosa, Charles. Puede quebrar esas cuidadosas barreras que construimos dentro de nuestra mente.

BENDREX.—Sí, pero nadie más que nosotros las conoce.

LADY SYBIL.—Demos gracias a Dios por ello. Sería realmente terrible si el resto de la gente supiese lo que a veces sucede en ciertos rincones de nuestra mente cuando la música comienza a obrar sobre nosotros.

KATHERINE.—Quizá el resto de la gente podría saberlo.

LADY SYBIL.—¡Querida! ¡Qué absurdo!

KATHERINE.—Porque podría no suceder dentro de nuestra mente.

DIRNIE.—No podría suceder en ninguna otra parte.

LENGEL.—*(Apareciendo desde el interior.)* ¿Por qué no?

SIR JAMES.—Bien, pregúnteselo a usted mismo, mi querido ami-

go. Impresiones, pensamientos, ensueños..., si no están en nuestra mente, ¿dónde están?

LENGEL.—No lo sé, ni usted tampoco. No sabemos nada, sobre nosotros mismos, que tenga cierta importancia.

KATHERINE.—Pero quizá lo que nosotros creemos que sucede dentro, está realmente sucediendo fuera. Podemos pensar sobre la vida en la forma más equivocada.

PETER.—Un momento, míster Shiel. Sabemos que lo que llamamos pensamiento es solo un cambio en la estructura de la célula del cerebro...

SHIEL.—Usted se llama a sí mismo poeta, Horlett, ¿y cree en esa despreciable patraña?

BENDREX.—*(Mitad en broma, mitad molesto.)* Caballeros..., por favor, música; no metafísica. Afortunadamente, mistress Amesbury no nos obligará después a contar lo que sucedió en lo que yo—con la debida deferencia a usted, mistress Shiel—insisto en considerar que son nuestros pequeños mundos, secretos y personales.

MISTRESS AMESBURY.—Si lo hiciera, probablemente sería esta la última de mis reuniones a la que ustedes concurrirían. Estamos dispuestos, David.

SHIEL.—*(Dirigiéndose a todos.)* Ustedes comprenden, por cierto, que esto en realidad es un concierto para violín y orquesta, y que lo único que puedo ofrecerles es una burda transcripción para piano de las partes orquestales. Consta de tres movimientos. Y no es una de esas obras descriptivas—el Destino llamando a la puerta en el primer tema—y así sucesivamente. Cada uno de ustedes puede urdir su propia historia, si la necesita. Ahora, el primer movimiento: «Allegro capriccioso».

MISTRESS AMESBURY.—*(Mientras él se dirige hacia el interior.)* Gracias, David. *(Los invitados permanecen en actitud descansada, en tanto que comienza el concierto. En seguida* MISTRESS AMESBURY *se levanta, y mientras habla, la música se desvanece lentamente.)* Hermoso comienzo. Pero David Shiel siempre inicia bien sus cosas. Poder lograrlas..., ahí está el problema. Espero que esta vez haya realizado algo realmente bueno, y que a ellos les guste. *(Mira a* BENDREX.*)* Estoy segura que usted podría hacer algo por él, Charles, si en verdad lo quisiera. Parece usted terriblemente viejo y cansado esta noche, Charles. Lo siento, querido, lo siento mucho, aun cuando no me pesa decirle que también yo me siento cansada. ¡Fatiga tanto estar siempre animado y alegre! y, sin embargo, si uno no lo está, parece que la gente no le presta ya atención. El mundo ahora solo vocifera. Ya no se conversa, ¿verdad, Charles? Hubiese sido mejor que usted y yo hubiéramos tenido una agradable charla íntima sobre cosas del pasado, porque no tendremos muchas más oportunidades para hacerlo. Pero yo quiero ayudar a David Shiel. Quizá la música nos reanime. *(Mira a* PHILIP CHILHAM.*)* Usted también podría hacer algo por él, Philip Chilham; pero usted no me gusta mucho y odio su horrible y detestable pasquín; ¡qué le vamos a hacer!

(Mira a DIRNIE.) ¿Y usted? Tampoco me gusta mucho usted, sir James *Mucho-Dinero* Dirnie, aun cuando no lo conozco bien, pero sospecho que es usted un poco bruto. Solo tengo la opinión de Sybil Linchester de que a usted le gusta la música; pero eso no parece cierto. Y Dios sabe que ella pudo haberlo dicho con el solo objeto de que usted se viese obligado a acompañarla y a aburrirse aquí toda la noche. Es muy capaz de eso. *(A* SYBIL.) Sí, tú lo eres. Y lo sabes. En cualquier momento eres capaz de comenzar a bostezar y a murmurar en voz alta, diciendo que no te agrada el concierto, solo para echarlo todo a perder. Y te prevengo, Sybil, que me pondré furiosa si empleas alguna de tus artimañas esta noche, y que te lo pagaré de algún modo. Por tanto, encadena esta noche, por favor, ese demonio secreto tuyo. *(Mira a* KATHERINE.) ¡Pobre Katherine!... Tratando con tanto esfuerzo de no parecer nerviosa, simulando que nada ahora le interesa más que la música. ¡Vaya!

KATHERINE.—*(En trance.)* Mistress Amesbury, aunque sucediese cualquier cosa, estamos agradecidos.

MISTRESS AMESBURY.—Me alegra poder hacerlo, querida. Os quiero a ti y a David, y a mí también me gusta la música.

KATHERINE.—Sé que a usted le gusta.

MISTRESS AMESBURY.—Si no hiciese esto, pronto me convertiría en una vieja cosa en desuso, si es que ya no lo soy.

KATHERINE.—Usted sabe que no lo es.

MISTRESS AMESBURX.—Creo que una cantidad de personas dicen que soy solo una vieja entremetida, que trata de parecer importante.

KATHERINE.—No tienen derecho a decir eso.

MISTRESS AMESBURY.—Ciertamente que soy una vieja entremetida y que me gusta decir: «¡Oh!, lo ha ejecutado por primera vez en mi salón.»

KATHERINE.—¿Por qué no lo habría de decir?

MISTRESS AMESBURY.—Y algunas veces he sorprendido a estos genios musicales cambiando una mirada y un guiño. Y yo sé lo que están pensando: «Es mejor complacer a la vieja..., podría sernos útil.»

KATHERINE.—David no habla de usted de ese modo.

MISTRESS AMESBURY.—Por detrás de todo el bullicio, la jactancia y la presunción que puedan existir, hay algo cierto. Me interesa la música misma. Eso es real. Algunas veces pienso que es más real que nosotros mismos. ¿Qué somos nosotros? No lo sabemos.

KATHERINE.—No; no lo sabemos.

MISTRESS AMESBURY.—Estás impaciente, ¿verdad, Katherine? Sí, terriblemente impaciente. Y yo te envidio. Solo por tener algo, alguien por quien sentirte ansiosa. *(Se sienta, y entonces* KATHERINE *dice con vehemencia.)*

KATHERINE.—Todos ustedes..., por favor, por favor..., escuchen con atención... y gusten del concierto, gusten mucho de él, para

que puedan hablar de él a todo el mundo... (*A* CHILHAM.) Usted... Philip Chliham..., goce del concierto... y dígaselo a todo el mundo.

CHILHAM.—*(Inexpresivo.)* Diré solo lo que pienso. Hasta ahora, una cosa anticuada. No tiene ritmo moderno. Ni la dureza moderna. Acero. Níquel. Plancha de cromo. Baquelita. Dinamismo. Ametralladoras. Aviones bombarderos...

KATHERINE.—*(Interrumpiéndolo, impaciente.)* ¡Oh, usted! *(Volviéndose a los otros.)* Esto significa mucho para nosotros. No es solo dinero, aun cuando eso sea importante.

SIR JAMES.—*(Con aspereza.)* Me sorprende usted.

KATHERINE.—David ha puesto su ser, lo mejor de sí mismo en su obra. Sé que todos ustedes han oído decir eso alguna vez, pero tiene un sentido real. Fíjese que no sólo ejecuta divirtiéndose a sí mismo con la esperanza de divertirlos. En verdad no es así.

ANN.—*(Fuerte, alegremente.)* Creo que no se parece nada a Beethoven. Imagine que Beethoven se hubiera enamorado de usted. ¡Horroroso! Acostumbraba limpiarse los dientes con el tenedor.

KATHERINE.—David entrega su ser, cada uno de sus pequeños secretos a esta música suya. Algunas veces yo estaba celosa. Parecía quedar tan poco para mí, nada que me perteneciera especialmente. Todo se iba en la música. Para los demás. Para las personas que dirían: «Sí, eso está bien. No está mal.» Pero ahora ya no siento celos. Quiero que sea feliz. Si él es feliz, entonces yo lo seré, y por supuesto, los niños también serán felices..., todos seremos felices, todos los Shiel. Y hace mucho tiempo que no sucedía eso. ¡David está siempre tan preocupado y se siente tan desdichado! ¡Tantas contrariedades!

LADY SYBIL.—*(Lenta y claramente.)* ¿De quién es la culpa?

KATHERINE.—*(Violentamente.)* Si usted comienza a fastidiar, arruinándolo todo... yo..., yo la mataré.

CHILHAM.—*(Incorporándose, remarcando las palabras.)* ¡Qué mirada! Creo que ella odia a lady Sybil. Podría matarla. Eso sería una historia formidable.

KATHERINE.—*(Implorante.)* Gusten del concierto, por favor... por favor... *(Se sienta. Ahora, la atención se concentra en* CHILHAM.)

CHILHAM.—Una historia formidable. Lady Sybil Linchester es asesinada. Hermoso tema para una novela policíaca. El espectáculo montado aquí. Puedo imaginarlo. Novela de misterio... u obra de teatro. Mejor haré una obra de teatro. Da más dinero. Y además, los derechos para el cine y otras cosas. Bolsas de dinero produce una buena obra de misterio. Podría ensayar ahora con estas personas y en este escenario. Veamos. «Snoops» Linchester es asesinada. ¿Quién la mató? Veo la escena final. *(Señala a los demás. Todos, excepto* LADY SYBIL, *a quien se supone muerta, y* ANN, *que no se encuentra en esta escena, se incorporan rígidamente, y son iluminados por una fuerte luz blanquecina.* CHILHAM *actúa ahora como superdetective y los demás como personajes de carác-*

ter de una obra de misterio de tipo corriente. Todos actuarán en un estilo teatral muy convencional, aunque no a la vieja moda melodramática.)

CHILHAM.—*(A continuación, imitando a* MORTON FERRET.) Los he traído aquí a todos otra vez, con el objeto de que podamos mantener una conversación sobre el asesinato de lady Sybil Linchester.

SIR JAMES.—*(En tono muy teatral.)* ¡Ah!... de modo que el misterio ha sido demasiado complejo para el famoso Morton Ferret...

CHILHAM.—Por el contrario, sir James...

SIR JAMES.—¿Qué quiere usted decir?

CHILHAM.—Quiero decir, que he calado en el misterio. *(Gritos generales de estupor: «¿Cómo?», «¡Dios mío!», etc.)*

SIR JAMES.—Entonces, ¿dónde está el asesino?

CHILHAM.—El asesino, mi querido sir James..., está aquí. *(Se escuchan otros «¡Cómo!», y un grito de* KATHERINE, *que se desmaya.)*

PETER.—Se ha desmayado.

KATHERINE.—*(Con voz débil.)* No. Estoy muy bien.

CHILHAM.—*(Satisfecho de sí mismo.)* Ha sido un caso muy curioso y complicado. Descubrí pronto que, con una sola excepción, todos ustedes tenían poderosos motivos para matar a lady Sybil. La excepción era mistress Amesbury. Pero, con una excepción, todos tenían coartadas. También esta vez la excepción era mistress Amesbury, que admitió que pudo haber cometido el crimen. Pero, sin lugar a dudas, ella no tenía motivo alguno. No me llevó mucho tiempo establecer que las diversas coartadas eran falsas, aunque muy ingeniosas. Usted, míster Bendrex, pudo haber bajado —y bajó— de aquel tren en Surbiton. La figura que su mayordomo vio en su biblioteca, sir James, era un maniquí. Horlett, usted *estuvo* en el baile, como sus amigos atestiguan, pero no estuvo allí *todo el tiempo.* La única coartada que no pude descubrir fue... *(Volviéndose a* KATHERINE.) la suya. Sí, la coartada de mistress Shiel era aparentemente perfecta. Sin embargo, sé que mistress Shiel llegó aquí... *(Un murmullo de estupor.* KATHERINE *emite un pequeño grito.)* ¿Estamos?

KATHERINE.—Muy bien. Usted ha vencido; confesaré. Vine aquí y la vi... Ella estaba dormida..., pensé en el espantoso daño que había hecho..., algo irrumpió en mi cerebro... y la maté.

CHILHAM.—Gracias, mistress Shiel. Solo que..., sabe usted..., ¡usted «no» la mató!

SIR JAMES.—¡Cómo!

KATHERINE.—Pero eso es imposible; yo sé que lo hice.

CHILHAM.—Usted no pudo haberla matado. Cuando usted llegó aquí, lady Sybil «estaba muerta». Había sido asesinada por lo menos dos horas antes. *(Con mucha suavidad.)* Mistress Amesbury, usted debió de tener un motivo muy poderoso. ¿Cuál fue?

MISTRESS AMESBURY—Ella había arruinado deliberadamente la

vida de mi hijo. Esperé durante años una ocasión para vengarlo. Y llegó al fin. No tengo remordimientos. *(Finge tomar veneno de un frasquito y cae de espaldas, muerta.)*

BENDREX.—Pero... ella se ha...

CHILHAM.—*(En tono satisfecho.)* Sí, pensé que eso sucedería. Bien, esto completa el *Caso de las cuatro coartadas.*

SIR JAHES.—*(En tono teatral.)* ¡Dios! Ferret... ellos tenían razón..., usted es un adivino.

CHILHAM.—*(En tono satisfecho.)* Mi querido sir James, era solamente cuestión de sumar dos y dos. Y ahora regresaré a mis bulbos, mucho más interesantes que los seres humanos. Buenas noches. *(Instantáneamente las luces cambian y los demás vuelven a su actitud de espectadores.* CHILHAM *torna a ser el mismo.)* Sí, podría realizarlo. Pero después de todo, ¿para qué voy a molestarme? Estoy ganando muchísimo dinero.

BENDREX.—*(Solemnemente.)* Puede averiguar cuál es mi sueldo en la Guía Whitaker.

CHILHAM.—Yo gano más que usted, Bendrex. Y lo merezco.

SIR JAMES.—*(Despectivo.)* ¡Insignificancias! Usted no conoce el verdadero dinero, Chilham.

CHILHAM.—*(Dirigiéndose a él, agresivamente.)* No pretendo ganarlo en la medida en que lo gana usted, Dirnie. Pero no olvide que yo voy por nada a sitios donde usted tiene que pagar una exorbitancia. Y más gente me persigue a mí que a usted.

SIR JAMES.—Debería usted fijarse en la importancia de la gente que corre tras de mí.

CHILHAM.—*(Apasionadamente, convenciéndose a sí mismo.)* No olvide que soy alguien en esta ciudad. Y diez años atrás, nadie había oído hablar de mí.

PETER.—*(Con desdén.)* Y dentro de diez nadie hablará de usted.

CHILHAM.—*(En el mismo tono anterior.)* Eso no será verdad, a menos que esté muerto y enterrado en ese entonces. Y si lo estoy, ya me habré divertido lo suficiente.

KATHERINE.—*(Con calma.)* ¡No diga!

CHILHAM.—*(Molesto.)* No es necesario asombrarse. Les aseguro que si alguno de ustedes hubiera llevado mi vida durante un mes, hubiese tenido que ir a un sanatorio.

KATHERINE.—¿Tanto se ha divertido?

CHILHAM.—*(Molesto.)* Sí, sí, sí. Ha sido una marcha, ha tenido verdadero ritmo de mi vida. Yo no solo existo: yo vivo.

KATHERINE.—¡No diga!

CHILHAM.—*(Con irritación.)* Sé lo que digo. Si su esposo hiciera lo que yo hago y tuviera la influencia que yo tengo en esta ciudad, usted no se conocería a sí misma.

MISTRESS AMESBURY.—*(Tranquilamente.)* A ella le gusta conocerse a sí misma.

CHILHAM.—*(Con irritación.)* Ustedes pusieron especial cuidado en traerme aquí, ¿verdad?, esperando lograr un poco de publicidad. No son honestos; ese es su defecto. En verdad me tienen en-

vidia, solo que no lo quieren admitir. ¡Oh... diablos! *(Se dirige majestuosamente hacia su silla, y recobra una actitud expectante. En seguida* ANN WINTER *se dirige hacia adelante. Lleva puesto solo un brillante «sarong» de los Mares del Sur y una giralda de flores blancas. Las luces son resplandecientes durante este episodio.)*

ANN.—*(Moviéndose con vivacidad.)* Bien, aquí estoy otra vez en mi isla de los Mares del Sur. *(Dirigiéndose a los demás.)* Y allí están también todos sentados, tan tristes, sin ninguna diversión..., estúpidos, estúpidos, *estúpidos.* Sí, también tú, Peter. *(Les vuelve la espalda.)* Es una encantadora islita de los Mares del Sur. Por allí está la laguna... brillante; azul brillante... y llena de diminutos peces como los colores del arco iris. Hay palmeras, por supuesto, y muchísimas flores, magnolias y malvas..., y..., y..., y otras cosas. Allí todo es hermosa arena limpia. El sol esplendoroso o una enorme luna, tal como uno lo desea. Y nadie que me atormente. Nadie que me diga: «Ann, querida, no deberías, ya lo sabes.» No, ninguna de esas tonterías. La bella reina blanca de la isla. *(Se vuelve, llamando bruscamente.)* ¡Míster Chilham!

CHILHAM.—*(En trance.)* ¿Sí?

ANN.—*(Recobrándose.)* Usted debería escribir en su columna acerca de mí y de mi isla. Miss Ann Winter en su hermosa islita de los Mares del Sur.

CHILHAM.—Muy bien. ¿Es suya la isla, miss Winter?

ANN.—*(Con orgullo.)* No lo era anteriormente, pero ahora soy allí la reina.

CHILHAM.—Y además una reina muy popular, sin duda.

ANN.—Tiene mucha razón, míster Chilham. Yo «soy» una reina popular, la reina «más» popular que la isla haya tenido nunca. No bien llego—porque no estoy allí todo el tiempo, ¿sabe?; a veces me quedo con mi madre en Knikhtsbridge—, pero tan pronto como llego, todos los nativos hacen fiesta durante una semana, con procesiones, discursos, danzas y canciones, y todo; y a un tiempo gritan: «¡Salve nuestra hermosa reina blanca!»

CHILHAM.—¿Hollywood está enterado de esto, miss Winter?

ANN.—*(Con orgullo, pero confidencialmente.)* Bueno; en esta película Ronald Colman, Clark Gable y Robert Taylor están locamente enamorados de mí, y yo tengo que elegir a uno de ellos.

CHILHAM.—¿A quién elegió usted?

ANN.—*(Triunfante.)* He ahí la cuestión. No escogí a ninguno de ellos. No; al fin les dije de pronto que prefería a un joven inglés, no tan famoso, aun cuando podría llegar a serlo en cualquier momento...

CHILHAM.—¿Quién es ese muchacho inglés?

ANN.—Siento no poder decírselo a usted, míster Chilham. Pero muchas gracias, y le ruego incluya algunas fotografías bonitas; y no permita que mi madre le dé ninguna instantánea mía..., ¡son horribles! *(Se pone de pie y gira canturriando, y luego se detiene cerca de* PETER *y se señala una pierna.)* Peter..., Peter, mira, ¿no son hermosas mis piernas?

SIR JAMES.—*(Fríamente.)* Sí.

ANN.—*(Con indignación.)* No le he preguntado a usted. Usted está pensando en su preciosa lady Sybil. Y mirándola detenidamente no es tan maravillosa. En realidad es antigua, aunque no para usted, creo, porque usted también lo es. Peter..., Peter, mírame. *(Pero él no lo hace, y ella se siente deprimida.)* ¡Oh, eres un ruin! (DIRNIE *bosteza ruidosamente.* ANN *se dirige de prisa hacia su silla, donde se pondrá de nuevo su vestido.* DIRNIE *se pone en pie, se encamina hacia adelante, y mira vagamente a su alrededor.)*

SIR JAMES—*(Bostezando.)* Bueno, creo que todo está muy bien, pero este concierto de violín aún no me ha impresionado en absoluto. Nada sucede en lo íntimo. Ninguna ventanita se abrió todavía. ¿Es culpa mía o de él? Probablemente de él. No hay genio. Pero no debería..., yo también me estoy volviendo anticuado. Diablos..., sí..., Jimmy Dernie, te estás volviendo anticuado. *(Mira a los demás.)* Un conjunto poco interesante. La muchacha es bonita, pero insípida, como la mayoría de ellas.

ANN.—*(Sin moverse ni ser vista.)* A usted le gustaron mis piernas.

SIR JAMES.—No debe usted asignarle mucha importancia a eso. Nuestros pensamientos no fluyen siempre del modo que usted cree que lo hacen. El joven Horlett, poeta comunista de Oxford. No valen nada ahora. Revolucionarios de salón.

PETER.—¡No fastidie! Espere usted.

SIR JAMES.—Naturalmente. Todo para el pueblo, pero usted no puede escribir nada que a ellos les guste leer. Absurdo, ¿verdad, Bendrex? Bueno, usted es un hombre terminado, aun cuando todavía viviera mucho más tiempo. Durante estos últimos veinte años usted se escudó detrás de sus elegantes modales de político, comiendo con la gente bien.

BENDREX.—*(Tranquilamente.)* Hay cosas peores, Dirnie, que tener modales elegantes y comer con la gente bien.

SIR JAMES.—¿Qué es lo que quiere usted decir? *(Después de una pausa, elevando la voz.)* ¿Qué diablos quiere usted decir?

BENDREX.—*(Con calma.)* Usted lo sabe.

SIR JAMES.—No sé de qué está usted hablando. ¡Gran Estadista Británico! ¡Salvador del Imperio! Usted no puede salvar un pez, Bendrex. No puede salvar a un canario de un gato. Y no intente nuevamente esta noche tratarme con arrogancia, mi Muy Honorable Amigo, o le «tocaré donde le duela».

BENDREX.—*(Muy tranquilamente.)* Llegó usted demasiado tarde, ya no se me puede herir mucho más.

SIR JAMES.—*(Mirándolo, cambiando el tono.)* ¡Pobre diablo! Está agotado. Eso es lo que me espera a mí. Y ahora, en este momento, todo se está poniendo terriblemente aburrido. *(Bosteza y mira a* LADY SYBIL.) Sí..., demasiado aburrido..., ninguna luz alumbra el interior..., ninguna ventana se abre..., y no me olvido de ti, Sybil... «Snoops».

LADY SYBIL.—Deja a un lado lo de «Snoops». Eso no entraba en el convenio. Eso no está a la venta.

SIR JAMES.—Me alegra saber que algo no lo está. Bien, siento decírtelo, lady Sibil, pero nada me pasa ya cuando te miro.

LADY SYBIL.—¡Dios mío! Yo te he gritado mi aburrimiento durante meses y meses. *(El hace caso omiso de esto y mira a* KATHERINE.)

SIR JAMES.—*(Lentamente.)* Mistress Shiel. Mujer sensible. Mujer fina. Ama a su marido, crea un hogar, le da niños. Probablemente monótono, pero... me pregunto si eso me hubiese gustado. Me pregunto... *(Se adelanta mientras repite esto lentamente, y las luces lo enfocan. Ahora* KATHERINE *se dirige hacia él.)*

KATHERINE.—¡Hola, Jim! *(Lo besa suavemente; luego quita algo de su solapa.)* ¿Fue agradable el viaje?

SIR JAMES.—*(Mas bien con embarazo.)* ¡Oh, sí! Muy agradable.

KATHERINE.—*(En un estilo muy de mujer casada.)* Los niños me han fastidiado estos últimos tres días preguntándome cuándo regresarías a casa. «¿Cuándo volverá papá?», no hacían más que decir los pequeños tontos. Richard se cayó ayer—se lastimó una rodilla—; Nanny y yo le curamos la herida cuidadosamente y le hicimos un gran vendaje; está tremendamente orgulloso con su vendaje. Marjorie quería que le hiciéramos lo mismo. Jim, es necesario que hagamos graduar la vista a la pobre Marjorie. Estuve conversando con Nanny de eso esta tarde y ella cree que no está bien...

SIR JAMES.—Nada serio, supongo.

KATHERINE.—No, por supuesto, pero posiblemente tendrá que usar lentes durante uno o dos años.

SIR JAMES.—Eso no le va a gustar.

KATHERINE.—Eso es lo que tú crees. Estará encantada. Siempre les gustan las novedades. Verás.

SIR JAMES.—¿Qué hacemos esta noche?... ¿Algún compromiso?

KATHERINE.—No, mi vida. Llamaron por teléfono los Forbes, pero les dije que tú deseabas pasar la noche tranquila en casa. De acuerdo, ¿verdad?

SIR JAMES.—*(Con una sombra de duda.)* Sí, por supuesto.

LADY SYBIL.—Y se hubiesen sucedido una serie de esas noches tranquilas, conversaciones insignificantes sobre los chiquillos y una soprano o dos por radio.

KATHERINE.—*(Animada.)* Iré corriendo a su cuarto y les diré a los niños que tú irás a verlos. *(Se vuelve apresuradamente a su silla.* LADY SYBIL *se adelanta.)*

LADY SYBIL.—*(En trance.)* Bien, tampoco eso estuvo muy maravilloso, ¿verdad?

SIR JAMES.—*(Lentamente.)* No lo sé.

LADY SYBIL.—Vamos, Jimmy, sé sincero. Es una de tus cualidades. Generalmente, no te engañas a ti mismo.

SIR JAMES.—*(Con lentitud.)* Fue demasiado repentino, ¿sabes? No fue construido en común. Esa es la diferencia.

LADY SYBIL.—¡Oh, no digas tonterías!... Esa clase de mujer y esa clase de vida, en el término de seis meses te hubiesen conducido a beber hasta la muerte. ¿Crees que no te conozco?

SIR JAMES.—Estoy seguro de que no. Por otra parte, nunca esperé que me conocieras.

LADY SYBIL.—¿No pretenderás ahora decir que a veces no has sido sentimental conmigo, Jimmy?

SIR JAMES.—No; creo que lo fui. Pero pienso que en realidad me hablaba a mí mismo, no a ti. Sentía ternura. Lograba lo que quería.

LADY SYBIL.—A mí.

SIR JAMES.—*(Lentamente.)* No; en realidad no a ti. Menos que a ti, y sin embargo, mucho más que a ti. Estuve conquistando a tu famosa y rancia familia y aquella famosa y antigua mansión, y aquel enorme parque rodeado por altos muros con sus lacayos y jardineros y guardabosques, y a todos los que uno ve en carruajes y grandes coches, en los palcos de los teatros cuando se es un pobre diablo de la alegría; y Mayfair y la Casa de los Lores, y Ascort y Cowes. Todo ese conjunto me arrastró a la cama.

LADY SYBIL.—En suma: el grave y viejo complejo de inferioridad permitiéndose una calaverada.

SIR JAMES.—Bien, tú no puedes refunfuñar. Has salido muy gananciosa de ello. Me has costado por lo menos cincuenta mil libras, sin exagerar.

LADY SYBIL.—Y si hubiese podido hacerlo, esas cincuenta mil se hubieran convertido en quinientas mil. Y te hubiese mostrado la puerta cinco minutos después de que hubieses firmado tu último cheque. Y, mi querido sir James, si me hubiese enterado de que tú habías salido a ganarte una libra o dos pregonando carbón o bananas por la calle..., en otras palabras: si te hubieses visto obligado a volver al mundo al que perteneces..., me hubieras deleitado. ¿Qué te parece?

SIR JAMES.—No me sorprende del todo, Sybil. Y estoy seguro que he gozado con nuestras disputas por la libreta de cheques más que con cualquier otra cosa.

LADY SYBIL.—*(Volviendo a la vida.)* Eso es una suerte, porque así duraron más. Y ahora te mostraré algo a ti y a tu linda y aburrida amiga, mistress Shiel. (DIRNIE *se vuelve a su asiento.)* Fue hace cinco años. No, seis. Pero solo seis... Se daba un concierto de caridad en el Albert Hall; pero esto sucedió unas pocas horas después de haber finalizado. Fue incluida en el programa una nueva obra breve para orquesta, que dirigió su compositor, el señor David Shiel... *(dice esto casi como si lo estuviese anunciando, y entonces* DAVID *entra rápidamente por la derecha. Semeja un poco más joven; está vestido de etiqueta, aunque algo desaliñado. Parece excitado y un poco bebido a la vez.)* ¿David? Pensé que no volverías a verme.

SHIEL.—No quería volver a verte.

LADY SYBIL.—*(Burlona.)* ¿Y ahora?

SHIEL.—Sí, aquí estoy. No pude permanecer alejado.
LADY SYBIL.—¿No se encuentra tu esposa esperándote en alguna parte?
SHIEL.—*(Nervioso, con amargura.)* Sí, sí. Esta es una noche importante para nosotros, una obra nueva que se ejecuta por primera vez. Estábamos cenando fuera, pero los dejé. Dije que tenía que ver a Duplet, que llegó de Ginebra.
LADY SYBIL.—¿Y yo soy el Duplet de Ginebra?
SHIEL.—*(Amargamente.)* Sí, estoy manteniendo conversaciones muy importantes con él sobre la ejecución de mi sinfonía en aquella ciudad. De modo que, sin duda, eso está por encima de todo lo demás. Muy razonable, ¿no es cierto?
LADY SYBIL.—Mi querido David, ese tono de autorreproche... ¿No estarás por casualidad borracho?
SHIEL.—Sí.
LADY SYBIL.—*(Ligeramente.)* Ya me parecía. Pero este autorreproche tuyo no es muy halagador para mí. Si ese es tu estado de ánimo, ¿no sería mejor que te apresurases a volver para cumplir con tu mezquino deber?
SHIEL.—*(Ahora con ansiedad.)* No pude permanecer alejado. Toda la noche estuve pensando en ti, Sybil. Trataba de no hacerlo, pero era inútil. ¿Te gustó la obra?
LADY SYBIL.—Sí; hermosa, David.
SHIEL.—¿Lo crees en realidad o es solo una gentileza?
LADY SYBIL.—Mi querido, soy la mujer más descortés de Londres.
SHIEL.—*(Ansioso.)* ¿Mientras escuchabas, pensabas en mí, recordando mis palabras, lo que sucedió entre nosotros?
LADY SYBIL.—Durante todo el tiempo.
SHIEL.—*(Más bien salvajemente.)* ¡Dios mío, nunca sé si en realidad crees una sola palabra de lo que dices, Sybil! Tendré que admitirlo, no puedo sacar nada en limpio de ti. Y no estoy tratando de lisonjearte. No creo que sea lisonjero. Odio eso. A veces te odio a ti. Pero no puedo permanecer alejado. Sybil... *(Trata de tomarla en sus brazos, pero ella lo rechaza.)*
LADY SYBIL.—*(Fríamente.)* Seré una tonta, una estafadora, pero, vamos, de todos modos tú puedes hacerme el amor... ¿eh? *(El aspecto de* DAVID *es sombrío y no responde.)* No estás malhumurado, David. Pero es así, ¿no?
SHIEL.—¿Y qué importa si es así? Cuando mis brazos te rodean y te beso, entonces tú estás realmente conmigo y puedo olvidar el dolor y el tormento por algunos minutos.
LADY SYBIL.—¿Dolores y tormentos? ¿No estarás dramatizándolo todo?
SHIEL.—*(Luego de una pausa, lenta, lastimosamente.)* Una y otra vez, Sybil, he deseado no haber cambiado nunca una mirada o una palabra contigo, haber corrido millas, aquella noche, hasta Abingtons, en lugar de ir a tu habitación, haber...
LADY SYBIL.—*(Interrumpiéndolo con rudeza.)* Sí, no necesitas

explayarte. Y yo desearía sentirme halagada por ser considerada una «femme fatale»; pero, en verdad, me parece ridículo que tú hayas venido aquí, no muy sobrio, en mitad de la noche, para asegurarme que darías gracias a Dios si pudieses estar en cualquier otro lugar...

SHIEL.—*(Con apremio.)* No, no, no... Tú sabes lo que quiero decir.

LADY SYBIL.—Pienso que sería mejor que te fueses.

SHIEL.—*(Desesperado.)* No, por el amor de Dios, Sybil, deja que me quede ahora, por favor..., por favor. Tú no desconoces el estado de ánimo en que me hallaba. Olvida todo lo que te he dicho. No sé lo que estoy diciendo. Estoy hechizado, Sybil. Mira..., mírame... *(Cae de rodillas ante ella y toma sus manos y las besa; un hombre deshecho y perturbado.* CHILHAM *entonces se adelanta hacia ellos.)*

LADY SYBIL.—Y allí estaba, ¿sabe usted, Philip?, actuando como un loco. Yo me sentía irritada, pero al mismo tiempo lo compadecía. Siento pena de todos los que se ven obligados a conducirse de esa manera. El amor, en realidad, no lo merece.

CHILHAM.—*(En tono irreal.)* Estoy de acuerdo. ¿Qué sucedió después?

LADY SYBIL.—*(A* SHIEL.*)* Lo siento, David, pero en verdad pienso que te estás poniendo pesado. *(Le tiende una mano para que se levante. El se incorpora con lentitud y la mira fijamente.)* Ahora no comiences a ponerte trágico y, por favor, no te olvides que estás borracho. *(El continúa mirándola fijamente.)* Y si te dieses prisa, quizá todavía podrías encontrar a ese director de Ginebra, monsieur Duplet. Una sensata conversación sobre música, en lugar de hacer aquí una absurda escena.

SHIEL.—*(Con mucha amargura.)* ¡Vete al diablo! *(Sale apresuradamente por la derecha. Ella se vuelve hacia* CHILHAM.*)*

LADY SYBIL.—*(Como respondiendo a un reportaje.)* Y eso fue todo. Y, créalo usted o no, fui en realidad más bien amable con él. Pero, por cierto, él nunca fue mi tipo.

CHILHAM.—Cierto. Usted los prefiere más rudos.

LADY SYBIL.—Más rudos; y mucho, mucho más ricos. *(Se sienta en un taburete.)*

CHILHAM.—Por supuesto. *(Asumiendo el tono de un reportero.)* Bien; de modo que reconoce que está usted en el pináculo de su profesión...

LADY SYBIL.—*(Amablemente.)* ¿Quiere usted tomar asiento, míster Chilham? Sí, creo que puedo decir que soy una de las amantes de más éxito de Londres.

CHILHAM.—*(Cortés.)* Lo cual significa en este momento: en el mundo.

LADY SYBIL.—Es posible; no lo sé. He viajado bastante, por cierto, y tengo muchos amigos en el extranjero, pero, bueno, me quedo con un buen inglés de vida sana.

CHILHAM.—*(Toma nota de esto.)* ¡Magnífico! Estoy seguro de

que a nuestro público lector femenino le interesarán sus puntos de vista sobre cuáles son hoy día las posibilidades para una muchacha, en su profesión. ¿Puede la moderna empleada triunfar como amante, o la competencia de la sociedad y del teatro es demasiado aplastante? ¿Hay todavía bastante lugar en la cumbre? ¿Resulta allí la vida tan fácil como se cree que es?

LADY SYBIL.—*(Prestamente.)* No, por cierto. La muchacha que solo desea una vida fácil debe apartarse de ese camino. Para triunfar deberá tener determinación, coraje, perseverancia, y un encanto personal indestructible.

CHILHAM.—Gracias. Ahora... *(Pero son interrumpidos.* PETER *se ha levantado, tocado con una gorra de general del Ejército rojo, y se dirige hacia adelante.* ANN *le sigue, jugando la parte de ayudante.)*

PETER.—*(Asperamente.)* ¡No se muevan!

LADY SYBIL.—*(Sorprendida.)* ¿Cómo?

PETER.—*(Muy ásperamente.)* Dije: ¡no se muevan!

ANN.—¿Qué debo hacer con estos dos, general?

PETER.—*(Examinándolos.)* La mujer puede ocuparse de la limpieza en la cantina ambulante...

LADY SYBIL.—*(Airadamente.)* No iré.

PETER.—*(Con voz de trueno.)* ¡Entonces será enviada a la Granja Correccional! ¿Qué prefiere usted? *(Dirigiéndose a* CHILHAM.) Vamos a ver; usted es periodista, ¿verdad?

CHILHAM.—*(Ansioso.)* Sí, general; mi columna en «La Gaceta Diaria», usted recuerda, era...

PETER.—*(Interrumpiéndolo bruscamente.)* Informará sobre las obras de desagüe. *(A* ANN.) Puede despacharlos. (ANN *los conduce al fondo del escenario y ellos se sientan.* ANN *se acerca nuevamente a* PETER.)

ANN.—La Confederación de los Mezcladores de Cemento de las Juventudes Marxistas está esperando para escuchar su poema, general.

PETER.—En un minuto estará listo. *(Le indica que se aleje, y ella vuelve a su silla.* PETER *se pasea de arriba abajo después de haberse quitado la gorra, preocupado por su poema.)* Maldito si sé si está bien; aun cuando es bastante bueno para los Mezcladores de Cemento. *(Comienza a recitar.)*

Vosotros, mis camaradas; pasos de hierro sobre la montaña, torres de acero,
pilares de la línea del poder, cables que cruzan el hielo,
hilos eléctricos que rodean el campo de prisión de la podredumbre y la [muerte...

Esto no está bien; «los hilos eléctricos... que rodean el campo de prisión». Será mejor que lo suprima. Tengo, sin embargo, que lograr un buen final. Si el final está bien, la parte central no tiene importancia... al menos para esos. Veamos... *(Recita con emoción.)*

Estos también os saludan:
el correo nocturno que vuela ciego entre las montañas;
el buzo marchando a tientas entre los cascos de los barcos; los témpanos
que desafían la corriente del Golfo de Méjico; una gaviota en Regents Park;
todos los hombres construyendo puentes;
buenos muchachos en azules «monos».
A quinientos pies abajo el rostro de la Gran Represa:
el Amazonas os saluda, y el Everets, y las Auroras Boreales,
y constelaciones de diamantes que no permitirán que los espacios
las cubran y las oculten: ellas también os saludan.
Flamean las banderas,
las salvas agitan el aire.
Y, como respuesta, camaradas, levantad
el puño cerrado.

(Grita esta última frase, levantando su puño cerrado.)

ANN.—*(Sin moverse, anunciando.)* ¡Listo, general!

PETER.—*(Gritando, como si enfrentara la entrada imaginaria de un gran mitin.)* ¡Listo! *(Camina hacia adelante solemnemente, como si entrase en el mitin, pero en realidad vuelve a su asiento. Todos los demás personajes, excepto* BENDREX, *aplauden con entusiasmo.* BENDREX, *a quien ahora enfoca la luz, se levanta con el gesto de un orador político popular que se dispone a hablar después de una comida. Los aplausos cesan.)*

BENDREX.—*(Con los gestos de tal orador.)* Míster presidente, su alteza real, sus excelencias, milores, damas y caballeros: Os agradezco la gentileza con que habéis propuesto y recibido este brindis. Estoy aquí, como el representante del Gobierno de su majestad, un indigno representante, no cabe duda; pero en este momento muy agradecido. Y puedo añadir, sincero. Creo que el Gobierno en el cual he tenido durante tanto tiempo el honor de servir, refleja efectivamente el sentir y la voluntad del pueblo inglés. Es, en verdad, vuestro Gobierno. Vosotros desconocéis, no podéis comprender, lo que sucede en el mundo. El Gobierno desconoce y no puede comprender lo que sucede en el mundo. Por lo que se refiere a mí mismo..., y después de haber actuado con algunos intervalos durante más de veinte años..., no entiendo ya nada de lo que pasa en ninguna parte. La última vez que el mundo tuvo sentido para mí, fue en julio de mil novecientos catorce. Desde entonces no he sido capaz de sacar nada en limpio de lo que sucedía a tres millas de Westminster. Podría ser comparado al conductor de un enorme y veloz vehículo que, ignorado por sus pasajeros, ocupados en leer las noticias sobre cricquet, se ha quedado paralizado y sin vista. Realmente irónico—nadie puede decir que no he apreciado siempre la ironía—, pues es más que probable que yo esté muerto antes de que ocurra la inevitable catástrofe... Pero, mistress y misters, si queréis tener la amabilidad de recordar que vosotros también os halláis entre esos pasajeros y deseáis reflexionar sobre vuestra situación poco envidiable, podéis entreteneros con los demás discursos, que no dudo serán más sombríos aún que el mío...

aun cuando el peor de ellos será suficientemente bueno para semejante reunión de necios, voraces, bebedores y complacientes como la que tengo delante de mí esta noche... *(Después de la palabra «Complacientes» se oyen gritos de «¡Qué vergüenza!», «¡Orden!» y «¡Sentaos!» de los otros personajes.* BENDREX *trata de proferir las palabras finales por sobre este ruido, pero se ve obligado a sentarse. La luz que lo iluminaba se desvanece. La música comienza a oírse, escuchándose los últimos compases del movimiento. Todos los personajes escuchan tranquilamente. Cuando cesa la música, todos ellos, excepto* BENDREX, *que debe parecer muy cansado, se mueven un poco en sus asientos, como la gente hace siempre cuando dicen unos a otros: «Muy bien», «No está mal», «Bonito movimiento inicial», y así por el estilo.)*

MISTRESS AMESBURY.—*(Acercándose a la lámpara y encendiéndola, en voz más bien alta.)* Allí hay cigarrillos si alguien desea. Katherine, muy bueno el primer movimiento. *(En voz alta, hacia el interior.)* ¡Delicioso, David, verdaderamente delicioso! *(Tan pronto como ha pronunciado estas palabras, estando aún ella junto a la lámpara, cae el*

TELON

ACTO SEGUNDO

El escenario exactamente igual al del primer acto, y MISTRESS AMESBURY repite en ese instante las últimas palabras que pronunciaría al final del acto anterior.

MISTRESS AMESBURY.—*(En voz alta.)* ¡Delicioso, David, verdaderamente delicioso!

SHIEL.—*(Hablando desde el interior.)* Gracias, mistress Amesbury.

MISTRESS AMESBURY.—*(A* DIRNIE.) ¿No piensa usted lo mismo, sir James...? ¿Que es hermoso este primer movimiento?

SIR JAMES.—¡Oh... sí! Muy interesante, muy interesante. Me mantuvo interesado todo el tiempo.

LADY SYBIL.—*(Descaradamente, a* KATHERINE.) ¿Sabe, mistress Shiel, que ahora recuerdo haber escuchado una de las obras orquestales de su esposo alguna vez, en otra ocasión, hace varios años?

KATHERINE.—*(Firmemente, sabiendo lo que ello significa.)* Sí, estoy segura de que usted la ha escuchado. *(Aparecen* SHIEL *y* LENGEL.)

LADY SYBIL.—*(A* SHIEL.) Estaba justamente diciéndole a su esposa que recuerdo ahora con toda claridad haber escuchado una de sus composiciones hace varios años...

SHIEL.—*(Fríamente.)* ¿Verdad? Sí, se ejecutan de cuando en cuando.

CHILHAM.—Dígame, Shiel, ¿se considera usted un moderno?

SHIEL.—¿Cuál es la respuesta a eso, Nick?

LENGEL.—*(Con un dejo de sarcasmo.)* ¡Oh!, pienso que es casi tan moderno como «La Gaceta Diaria», míster Chilham. Está vivo y patea.

CHILHAM.—Como nosotros, como nosotros.

PETER.—*(Que ha estado conversando con* ANN.) ¡Oh!, una cantidad de individuos están en el movimiento porque especulan con grandes ideas románticas sobre la transformación que se llevará a cabo en ellos.

LADY SYBIL.—*(Como siguiendo una conversación.)* ¿Y qué es lo que desea usted entonces, míster Lengel?

LENGEL.—Nada. No, eso no es verdad. Ocasionalmente, el violín.

Una botella de Montrachet bastante añeja. Y una pequeña siesta después del almuerzo. Eso es todo.

SIR JAMES.—*(Pesadamente.)* No me sentaría bien. Siempre he hecho mi camino por mis propios esfuerzos, y quiero seguir de la misma manera.

MISTRESS AMESBURY.—*(Que estaba diciendo algo a* BENDREX.) ¿Está usted seguro de que se siente bien, Charles?

BENDREX.—*(Que no lo está.)* Sí, mi querida May. No se preocupe..., un poco cansado, eso es todo.

MISTRESS AMESBURY.—Entonces será mejor que no nos demoremos mucho. ¿Comenzamos, David?

SHIEL.—*(Dirigiéndose a todos.)* Ahora el segundo movimiento, «Adagio». Como antes, no hay tema para ustedes. Tendrán que imaginárselo. Pero *(Suavemente.)*, siendo un movimiento en «adagio», por supuesto es más bien triste. (MISTRESS AMESBURY *se había acercado a la lámpara al pronunciar su frase anterior, y ahora la apaga, mientras* SHIEL *y* LENGEL *se dirigen hacia el interior y ella vuelve a su silla para sentarse junto a los demás. Comienza la música y todos escuchan en silencio algunos compases. Cuando* MISTRESS AMESBURY *habla, la música se va perdiendo, pero vuelve a escucharse hacia el final de su parlamento; se desvanece al comenzar el próximo, y así sucesivamente.)*

MISTRESS AMESBURY.—*(Sin moverse, muy tranquilamente.)* Hace mucho tiempo, cuando Rupert tenía unos cinco años de edad, solíamos ir en primavera a una pequeña aldea en Hereford, no muy lejos de la frontera con Gales, y allí todo era blanco por las flores de los manzanos, y cuando el viento soplaba por las huertas nevaban flores de manzano, y el pequeño Rupert, que era un niño hermoso y feliz, solía correr entre los árboles y algunas veces se escondía y luego salía del escondite danzando y riendo mientras los pétalos blancos caían...; un niño pequeño..., en una huerta..., hace años... Desde entonces he vuelto, pero ya no es lo mismo, parecería que no hubiera tantas flores de manzano ahora. Está cambiando..., está cambiando...

SIR JAMES.—*(Del mismo modo que* MISTRESS AMESBURY.) Cuando yo era niño, mi anciano padre solía llevarme algunas veces con él, los sábados por la tarde, o los domingos por la mañana, a pescar a uno de esos riachuelos donde se decía que se podían hallar truchas. Papá no sabía mucho de esto, pero siempre tenía esperanzas, y lo mismo yo, por supuesto, siendo solo un niño. Y yo iba vadeando el arroyo, sumergiéndome debajo de las ramas, deteniéndome sobre las piedras ocultas por el agua, sintiendo cómo el musgo me dejaba briznas en los dedos de los pies; y yo me recostaba en la orilla observando cómo la corriente me hacía guiños y me quedaba dormido, hasta que papá me despertaba, y volvíamos caminando hasta el tranvía; y sentía como si hubiese estado alejado de las calles y las casas durante años..., me sentía liberado de ellas... Ahora no puedo liberarme del mismo modo...; he probado toda clase

de lugares..., he despilfarrado el dinero..., pero no puedo lograrlo..., es raro, pero no se puede. Uno está atado..., atado...

LADY SYBIL.—*(Del mismo modo.)* Cuando fui a California hace cuatro años con los Shirley Wilson, hicimos una excursión al Painted Desert y la región de los indios navajos, en el norte de Arizona. El cielo era de turquesa pura, los colosales riscos de piedra arenosa parecían de cobre barnizado y todo era lejano y muy apacible. Los indios navajos tienen canciones religiosas y acostumbran invocar a los Cuatro Vientos—el Viento Negro, el Viento Azul, el Viento Amarillo y el Viento Tornasol—y solían gritar: «Que haya paz delante de mí. Que haya paz detrás de mí. Todo es paz. Todo es paz». Y nadie me comprendía ni me creía cuando yo decía que me hubiese gustado haber nacido entre los navajos, para vagar con mis ovejas por esos perdidos desfiladeros, y bajo un desolado cielo llameante, gritando al Viento Azul y al Amarillo...; no querían creerme, sin embargo, era cierto..., era cierto... *(Se hace una pausa.)*

PETER.—Todo anda mal. Aquí estamos; escuchando la lenta y dulce música, rumiando exquisitos y mezquinos pensamientos acaramelados, simplemente porque nuestros vientres están llenos, porque estamos abrigados y cómodos y dentro de una o dos horas podremos encaminarnos a un buen lecho. ¡Al diablo con los dulces y suaves movimientos! ¡Al diablo con los mezquinos pensamientos! ¡Al diablo con la sentimental autoindulgencia burguesa! Debemos ser duros, duros como el acero, «hasta que sea corregido el último error».

KATHERINE.—*(Asombrada.)* Quiere un mundo sin ternura.

PETER.—La ternura, en un mundo como este, es como la carnada en el anzuelo; el tierno y jugoso gusano que esconde el cruel acero.

KATHERINE.—No tenemos suficiente ternura; no existe demasiada todavía.

PETER.—Continúe siendo tierno mientras las clases poseedoras permanecen inflexibles, y lo único que logrará será hacer el mundo aún más desgraciado. Y por eso ellos la incitan a ser suave. Sea dura, y entonces será usted peligrosa...

KATHERINE.—Pero si la gente se limita a volverse fuerte y toma el poder en sus manos y se venga por lo que ha sufrido, entonces siempre existirán la injusticia, el padecimento y la miseria en el mundo; nada habrá cambiado en realidad, porque seguirá siendo la misma clase de mundo.

PETER.—*(Burlón.)* Lo sé. Transformemos de una manera hermosa el alma de todos. *(Se sienta.)*

KATHERINE.—Más ternura. Más gente prestando atención a los suaves movimientos lentos, dejándose conmover profundamente por la música.

PETER.—Eso no logrará detener a una ametralladora.

KATHERINE.—Logrará más que eso: volverá inútiles las ametralladoras. *(La música se deja oír nuevamente y mientras escuchan*

inmóviles entra LENGEL *sin su violín y la luz lo sigue mientras camina intranquilo alrededor, como un hombre desdichado.)*

LENGEL.—*(Lenta y amargamente.)* Les diré algo, amigos míos. Todo lo que hace que la vida sea digna de ser vivida es la magia, cualquier clase de magia; y si uno siente que esa magia ya no existe, trayendo milagros, entonces realmente está uno muerto. A excepción quizá de cuando oigo unos diez o doce compases de gran música, y durante el minuto en que estoy medio bebido y no me doy cuenta de que estoy medio bebido, no hay más magia para mí, y entonces estoy muerto y he estado muerto durante años. *(A* LADY SYBIL, *de cerca, confidencialmente.)* Sí, mistress, muerto; y usted no puede volverme a la vida, aun cuando vi en su mirada algo cuando me preguntaba qué es lo que yo deseaba, que me decía que no vacilaría usted en intentarlo. Lo siento, llega usted con un retraso de diez años. *(Dirigiéndose a* ANN.) Usted es muy dulce, niña mía, y yo tocaré ahora de un modo tan sutil, que usted tendrá que abrir muy ancho su corazón y ser su propia confesora. Eso puede proporcionarle un poco de magia. Pero no a mí; no a mí. *(Volviéndose hacia* BENDREX, *susurrando.)* Míster, pienso que tiene usted razón. Las mismas rosas no son tan rojas como solían serlo. *(A* KATHERINE.) ¡Ah, Katherine!, tú fuiste mágica en otro tiempo para mí, ¿recuerdas? Entonces me convertí en un tonto tan grande que tuve que alejarme y tocar el violín en el otro lado del globo. Y mientras tanto, tú amabas a David muy tiernamente. En una ocasión pensé: «Todo este amor ¡qué cosa más cruel y sin sentido!» Pero yo no sabía entonces cómo era el rostro del mundo sin él, ¡qué enorme y desolado rostro luce!... *(Volviéndose rápidamente a* DIRNIE.) Un rostro más bien parecido al suyo, tonto rico y aburrido, más bien como el suyo. Y ahora su reverberación llena mi cielo, y ni siquiera veo una vez al año el sol, la luna y las estrellas. *(Encolerizado, dirigiéndose a todos.)* Se hallan sentados ahí como terrones de barro. ¡Por Dios!, haré salir a los muertos de sus sepulcros tocando el violín; los hombres y las mujeres muertas, las grandes horas que están muertas pero que vivieron alguna vez llenas de magia. Mirad, estúpidos, la tierra tiembla... *(Se dirige al interior. La voz de* SHIEL, *que suena joven y alegre, se escucha como si llamara desde el rellano de una escalera.)*

SHIEL.—*(Desde fuera, pero aproximándose.)* ¡Katherine! ¡Katherine! (KATHERINE *vuelve a la vida y se sienta expectante.)*

KATHERINE.—*(Sin contestarle a* DAVID, *para ella misma.)* David.

SHIEL.—*(Desde fuera, pero más cerca.)* ¡Ka... the... ri... ne!

KATHERINE.—*(Se pone de pie, respondiéndole ahora.)* David, estoy aquí. ¿Qué pasó? ¡Date prisa! *(Es toda ansiedad.* SHIEL, *cantando alegremente, aparece de repente vestido con una americana de «tweed» y pantalones de franela, algo desarreglado; un hombre mucho más joven y feliz que el que hemos visto antes.)*

SHIEL.—*(Excitado.)* Katie, todo va muy bien. *(La besa, y luego la hace girar mientras canta.)* Todo va muy bien, todo va muy bien, todo va muy bien.

KATHERINE.—*(Feliz, sin aliento.)* Quieto, tonto. ¿Qué pasó?

SHIEL.—*(Soltándola.)* Tú y yo viviremos en la cima de una colina en Shropshire..., por tanto, una muchacha y un muchacho de Shropshire..., y allí yo compondré «ein Maisterstuck, ein Maisterstuck», una floreciente pieza maestra, mi pequeña...

KATHERINE.—*(Excitada.)* ¿Te la han encargado?

SHIEL.—Sí, y recibiré ciento cincuenta libras, seguras. Y Mac nos dejará su chalé de Shropshire durante tres meses, y tendré que pagarle solo una libra por semana.

KATHERINE.—*(Sin aliento.)* Pero ¡David, eso es maravilloso!

SHIEL.—*(Cantando, jovialmente.)* «¡Wundersam und Wunderschon un Wundervoll!» No te miento, Katie, durante todo el camino de regreso he estado tocando madera, haciendo cruces con los dedos y evitando las escaleras.

KATHERINE.—Yo hubiese hecho lo mismo. ¿Cuándo partimos?

SHIEL.—*(Atronando.)* ¡Mañana, mujer, mañana!

KATHERINE.—David, posiblemente no podremos.

SHIEL.—Mañana, como siempre fue.

KATHERINE.—Querido, sencillamente, no puede ser.

SHIEL.—¿Tendré que llevarme otra mujer, entonces?

KATHERINE.—La mataré.

SHIEL.—Entonces tendrá que ser mañana.

KATHERINE.—Me quedaré levantada hasta medianoche, hay tanto que hacer...

SHIEL.—Tú siempre estás levantada hasta medianoche cuando...

KATHERINE.—No tengo tiempo para escuchar tus observaciones tontas.

SHIEL.—No había nada tonto en...

KATHERINE.—Millones de cosas que hacer.

SHIEL.—*(Con burlona solemnidad.)* Y tú sabes cuál es la primera.

KATHERINE.—*(Con sorpresa.)* ¿Cuál? *(El extiende sus brazos.)* ¡Tonto! *(Pero ella se acerca y lo besa, luego permanece en sus brazos, solemnemente.)* Somos extraordinariamente afortunados, David. Me pregunto si tú te das cuenta de lo afortunados que somos.

SHIEL.—Por cierto que sí. *(La luz comienza a extinguirse. El la suelta con suavidad, retrocede un paso, pero continúa mirándola.)* Pero ¿por qué estás llorando?

KATHERINE.—*(Con apremio.)* ¡Oh, David, David!...

SHIEL.—*(Que ha retrocedido aún más hacia la oscuridad y al que difícilmente se distingue. Con voz lejana.)* ¿Por qué lloras? *Desde más lejos.)* ¿Por qué lloras?

KATHERINE.—*(Con terrible alarma.)* ¡David, David, vuelve! Que todo... vuelva. *(Se deja caer sentada, sollozando en silencio. La música llega suavemente. Las conversaciones siguientes pueden escucharse a través de ella. Ahora* KATHERINE *deja de llorar, pero permanece sentada en la misma actitud, al frente de los demás.)*

SIR JAMES.—*(Sentado y mirando hacia el público, con serenidad.)* No comprendo por qué la música debe ser tan triste. No compren-

do esta tristeza rebuscada. Creo que es una especie de afectación, como enjuagarse los dedos después de la comida, o ir a un baile con guantes blancos de cabritilla, y tonterías por el estilo. Lo que realmente abate al individuo es sentirse viejo, aburrido y casi muerto. Supongo que eso no se puede introducir en la música, pero es lo real. La vejez. Sentir que nada merece el grande y sangriento esfuerzo que hay que realizar. Ahora casi siempre me siento viejo. Pero no triste..., no..., es solo mi mirada.

LADY SXBIL.—Tú estás triste después de haber hecho el amor,

SIR JAMES.—No. Pero sé lo que quieres decir. Y ahora mismo te diré lo que es. Siento que en el comercio amoroso hay siempre una presa. Es lo mismo que en muchas otras cosas..., es un descenso. Hay algo en una mujer bonita que nos hace sentir, si ella nos trata bien, que al menos podremos evadirnos de nosotros mismos, como si repentinamente una puerta se abriera a otra vida. Pero después, uno se da cuenta de que no lo ha conseguido. Es solo otro descenso. Casi todo es descender...

PETER.—*(Con calma, pero enérgicamente.)* ¡Esa es su conciencia..., viejo granuja!

BENDREX.—En una ocasión examiné las obras de Marx y Engels, pero no pude hallar en ellas nada que insinuara siquiera la existencia de una conciencia en el hombre. ¿Cómo puede la materia en movimiento desarrollar una conciencia? *(La luz enfoca ahora a* BENDREX, *quien se levanta lentamente, y sostiene detrás, a sus espaldas, un sombrero de paja. La música puede escucharse aún muy suavemente.)* Recuerdo que Ernest Newman decía que un hermoso «pianissimo» de Bruckner—y también, creo, el concierto de cello de Elgar—eran realmente los agridulces lamentos finales de una época agonizante, el canto del cisne de una civilización. Toda la música triste y lenta me parece eso. Ha estropeado estos últimos años. El mundo que conocí, el mundo en el que valía la pena vivir, desapareció en 1914, y desde entonces hemos vivido en una serie de grandes manicomios gritando con odio y con violencia, hediendo a muerte. *(Escucha un momento, luego prosigue solemnemente.)* Esta música es una elegía al sombrerito. *(Lo toma y lo mira afectuosamente.)*, al querido y viejo sombrero de paja. *(Se lo coloca y enciende un cigarrillo o un habano. Está en primer término de la escena y surge en este momento una fuerte luz matinal.)* Del sombrero de paja al casco de acero o el regreso de la Edad Media. Debimos habernos dado cuenta de que un mundo que pudo haber desechado un tocado tan frágil, encantador e inútil, estaba terminado. El sombrero de paja debió habernos mostrado en qué dirección soplaba el viento. *(Suspira.)* Bien, fuimos civilizados y felices en otro tiempo...

PETER.—Unos pocos de ustedes, los afortunados.

BENDREX.—*(Sin volverse hacia él.)* Mejor unos pocos que ninguno. *(Por la izquierda entra* PARKS, *un típico sirviente de una casa de campo de la época del Rey Eduardo.)* ¡Ah! Buenos días Parks.

PARKS.—Buenos días, míster. Una mañana muy hermosa también, míster.

BENDREX.—Hermosa. ¿Dónde están todos?

PARKS.—*(Lentamente.)* Bien, míster. Su Gracia, con la mayoría de las damas y el coronel, se han ido a la iglesia. Su excelencia y el capitán George y los demás caballeros están abajo, en los establos. Míster Balfour y el joven caballero de Cambridge y míster Wilding, se encuentran en la cancha de tenis. Míster Barrie está en la biblioteca, escribiendo.

BENDREX.—¡Bueno! ¿Tiene usted alguna idea sobre lo que escribe míster Barrie, Parks?

PARKS.—*(Con una imperceptible mueca.)* Un ensayo sobre un miembro del Parlamento, dijo, míster Bendrex. Algo sobre lo que saben las mujeres, me explicó. Es un caballerito muy afable, míster Barrie, míster.

BENDREX.—Muy afable. Si sale de la biblioteca, dígale que me encontrará en el Jardín Italiano.

PARKS.—Sí, míster. ¿Desea usted los diarios, míster?

BENDREX.—*(Quitándose el sombrero, lentamente.)* No, Parks. Esta mañana, no. *(Hace una pausa.)* Déjeme pensar, Parks. ¿Fue en mil novecientos trece, más bien repentinamente, verdad, cuando murió usted?

PARKS.—Sí, míster. Me sentí mal dos días después de Ascott. Una de esas empanadas de carne, siempre lo dije.

BENDREX.—Pienso que tuvo usted suerte, Parks. Murió rápidamente y en su propio mundo. Yo he estado agonizando durante veinticinco años..., en un mundo que ya no comprendía. Estoy perplejo. Estoy triste. Siento temor. *(Le tiende el sombrero de paja.)* No, no lo necesitaré.

PARKS.—¿Puedo hacer alguna otra cosa, míster?

BENDREX.—*(Tristemente.)* Ahora nada; gracias, Parks. *(*PARKS *sale por la izquierda.)* ¡May!

MISTRESS AMESBURY.—¿Se siente usted bien, Charles?

BENDREX.—No, querida, no estoy bien. Pero no se preocupe. *(La mira cariñosamente.)* Aún la considero como a algo joven, May.

MISTRESS AMESBURY.—No lo soy. También estoy vieja y cansada, Charles. Y ahora me siento más bien culpable por haber insistido en que viniese aquí esta noche. No se preocupe por la música.

BENDREX.—*(Amable.)* Me gusta la música.

MISTRESS AMESBURY.—*(Tocándole el brazo.)* Descanse, y quédese tranquilo. *(*BENDREX *vuelve a su silla.* MISTRESS AMESBURY *lo observa un momento, luego se sienta al frente de los demás. Después llama suavemente.)* ¡Rupert! ¡Rupert! *(*RUPERT AMESBURY, *un atractivo joven con uniforme de piloto de las Fuerzas Aéreas de hace varios años, aparece por la izquierda. No usa gorra, tiene aspecto desaliñado y está muy pálido.)*

RUPERT.—*(Tranquilamente.)* Sí, mamá. *(Ella sonríe y extiende los brazos. El se acerca con lentitud, con un andar ligeramente rígido, y se coloca en actitud afectuosa junto a ella, rodeándola con*

un brazo.) ¿Por qué te molestas por estas reuniones, madre? Son solamente una preocupación y una responsabilidad, y tú estás cansada casi siempre. ¿Por qué no los echas a todos?

MISTRESS AMESBURY.—Es algo en qué ocuparse. Me mantiene activa.

RUPERT.—¿Vale la pena? ¿Sabes lo que dicen algunos de estos granujas?

MISTRESS AMESBURY.—Sí, querido... Dicen que soy una vieja tonta y entremetida que quiere estar a tono con el mundo musical y pretende ser importante cuando debería saber muy bien que no lo es, ¿eh?

RUPERT.—Eso, poco más o menos; y por qué debes gastar tiempo, dinero y energías en ellos, no puedo comprenderlo.

MISTRESS AMESBURY.—Si tú estuvieras aún conmigo, probablemente no lo haría.

RUPERT.—*(Disgustado.)* «Snoops» Linchester..., ¡qué fastidio!

MISTRESS AMESBURY.—Lo sé, Rupert... Aun cuando yo creo que no es tan mala como la mayor parte de la gente supone. Siempre ha llamado la atención, los hombres la encuentran atrayente y entonces los demás se ponen celosos, ¿sabes?...

RUPERT.—¿Aquel es el hermano menor de Tippy Horlett?

MISTRESS AMESBURY.—Sí. Peter. Es un muchacho inteligente, aunque no puedo decir que entiendo la poesía que escribe y a veces habla de una cantidad de tonterías extravagantes. Pero en realidad es muy inteligente, Rupert.

RUPERT.—No merecen tus esfuerzos, madre. Abandona todo este asunto. Tómalo con calma.

MISTRESS AMESBURY.—Puede que haya de hacerlo pronto, lo desee o no. Pero, mientras tenga la más pequeña posibilidad, debo hacer un esfuerzo y continuar..., continuar...

RUPERT.—*(Con agitación creciente.)* Continuar..., continuar..., continuar... *(Ahora se escucha el ruido del motor de un aeroplano. El grita por sobre el ruido.)* ¡Mantenedlo en marcha, estúpidos sanguinarios! Esa fanfarronería nos pierde. ¡Inclinadlo! ¡Inclinadlo!

MISTRESS AMESBURY.—*(Con voz fuerte y aterrorizada.)* ¡Rupert! ¡Rupert! *(El está ajeno a ella. La escena oscurece rápidamente. El ruido del motor se hace más fuerte y se oye con él el rugir del viento.)*

RUPERT.—*(Gritando con toda la fuerza de su voz.)* ¡Por el amor de Dios! ¡Ahora sostenedlo, sostenedlo, sostenedlo! ¡No, no, no aguanta! *(En un grito final.)* ¡Cuidado! *(Los ruidos del aeroplano y del viento aumentan otra vez. Se escucha un grito de todos los personajes. Luego un terrorífico estrépito y se oscurece por completo la escena. En el silencio que sigue se puede oír sollozar a* MISTRESS AMESBURY, *pero mientras solloza debe volver a su silla, de modo que estará sentada escuchando con los demás cuando se encienden las luces. Ahora llega por un momento la música.* ANN *se levanta y avanza.)*

ANN.—*(Imperativa.)* ¡Peter! (PETER *se adelanta.* ANN *se halla*

de pie delante de él en una actitud de «tómame») ¡Peter! ¡Mírame!

PETER.—*(Después de hacerlo.)* Eres una joven muy atractiva, Ann.

ANN.—Por lo que respecta a atractiva no opino, a pesar de que mi impresión es que tienes razón, Horlett..., pero joven, es cierto. Y *(Con rápido cambio de tono.)* ¿recuerdas cuando viniste por primera vez a quedarte con nosotros, y aún teníamos la casa en Dorst? Entonces yo tenía quince años. Geoffrey—supongo que porque era mi hermano y cinco años mayor—era mi héroe. Y tú eras el héroe de Geoffrey. Eso no me ponía celosa, te convertía en una especie de héroe «super de luxe».

PETER.—¡Por favor!

ANN.—Después, cuando fui a Francia, desapareciste por un tiempo; pero luego, hace un año, todo volvió a ser como antes—diferente por supuesto—; yo había crecido, y tú no parecías tan *super de luxe*..., pero, ¿sabes? en ese entonces me di cuenta de que me había enamorado de ti, Peter, y además, escucha, de que nunca había estado enamorada de ningún otro...

PETER.—Lo siento, pero eso es una tontería, Ann. Tú te enamorarás de docenas de muchachos antes de terminar.

ANN.—*(Gravemente.)* No, no me enamoraré.

PETER.—¿Cómo lo sabes?

ANN.—Sencillamente, lo sé.

PETER.—Eso es pueril.

ANN.—Puede parecerte así a ti, pero no lo sería para una muchacha. Ella me hubiese comprendido. Tú lo sabes muy bien. Es algo que se siente... profundamente adentro. Y, Peter, si no quieres casarte, si no crees en el matrimonio *(Nerviosa, pero valiente.)*, eso no importaría, quiero decir... que iría a ti... sin haberme casado... o haría lo que tú quisieras.

PETER.—*(Más bien ásperamente.)* No..., no..., no... *(Se vuelve y camina intranquilo.)*

ANN.—Escúchame, Peter, por favor.

PETER.—*(En el mismo tono anterior.)* Estoy escuchando. *(Permanece inmóvil.)*

ANN.—*(Continúa valientemente.)* He leído toda tu poesía..., pero no la comprendo bien..., aunque quizá llegue a comprenderla más adelante. Lo intentaré. Y en realidad, no me importan el comunismo, las revoluciones, el proletariado y todo eso. Nunca me parecieron nada, y además, no me gusta la mayor parte de la gente que está mezclada en eso. Las muchachas son horribles, pero trataré de que me interesen, y si tú lo deseas iré a mítines y marcharé en manifestaciones y todo lo demás, si tú *realmente* lo deseas. No me importa en absoluto no tener mucho dinero. Sé arreglarme muy bien; pregúntale a mamá. Junto a ti pienso que sería divertido. ¿Por qué mueves la cabeza? ¿No crees lo que te estoy diciendo?

PETER.—Sí, no es eso. Solo que... *(Duda.)*

ANN.—Solo que no hay esperanzas; ¿no es cierto? *(El no contesta y mira a lo lejos.)* ¿Estás enamorado de alguna otra, Peter?

PETER.—No, por supuesto que no.

ANN.—No necesitas decir «por supuesto que no» de ese modo... ¡Como si estar enamorado fuese ridículo y fantástico! La gente lo ha estado haciendo durante miles y miles de años.

PETER.—Y se ha hablado demasiado de eso. Mira, Ann, no estamos interesados en este asunto del amor romántico. En su mayor parte nos parece solo una tontería afectada, y de cualquier modo es responsable de obstruir el camino a cosas más importantes.

ANN.—Eso me parece algo muy extraño, dicho por un poeta.

PETER.—*(Impaciente.)* Eso es solo porque tienes una anticuada noción burguesa de lo que es un poeta. Un poeta no es un bonito asno escribiendo cháchara rebuscada sobre la ceja izquierda de alguna ociosa muchacha. *(En tono sonoro.)* Yo quiero escribir poesía sobre los hombres que marchan hacia la libertad, caminos como grandes flechas de piedra, torres de acero que zumban y crujen con su enorme poder eléctrico, tractores que siembran y recogen las cosechas para el pueblo, rápidos aviones, correos nocturnos que atraviesan el espacio como cohetes.

ANN.—*(Después de una pausa, pensativa.)* Y el amor no entra para nada en eso.

PETER.—Al amor romántico se le concedió más atención de la que le correspondía. Las nueve décimas partes de él son ilusiones, de todos modos. Es solo el instinto sexual, que nos engaña.

ANN.—Eso no es más que un montón de palabras, Peter, y bastante tontas, si he de decir la verdad.

PETER.—Nosotros creemos que los hombres y las mujeres pueden ser camaradas...

ANN.—*(Interrumpiéndolo bruscamente.)* ¿Lo crees? ¡Yo no! ¡Camaradas, al diablo!

PETER.—*(Más bien secamente.)* Bien, no deseo hacerte un sermón. Tampoco discutir, Ann. Pero todo esto comenzó porque, al ver que no podías despertar mi romanticismo, estabas segura que eso significaba que me había enamorado de otra mujer.

ANN.—¡No seas presuntuoso! ¿Por qué se ponen presuntuosos los hombres en cuanto se enojan?

PETER.—*(Con aire de tener mucha paciencia.)* Lo que estoy tratando de hacerte entender, y esto por tu propio bien...

ANN.—*(Rudamente.)* ¡Al diablo mi propio bien! *(Se detiene.)* Lo siento, Peter, continúa.

PETER.—*(Lentamente, con cierta pedantería.)* El oficio del poeta en esta época no es el de lamentarse sobre sus propias fantasías, idiotas y enfermizas—en realidad, sería mejor que no tuviera ninguna—, sino el de actuar como un vocero..., un heraldo de los desposeídos y de las masas oprimidas. Cuando ellas estén liberadas, habrá tiempo para esa clase de sentimientos refinados, y para escribir la poesía que tú prefieres, aunque yo dudo de que en esa época alguno la desee. En una sociedad sin clases...

ANN.—*(Interrumpiéndolo, con rudeza jovial.)* Ya sé, todos vos-

otros marcharéis vestidos de *shorts,* agitando banderas y seréis camaradas.

PETER.—*(Molesto.)* Quieres escuchar lo que yo...

ANN.—*(Interrumpiéndolo, en voz alta.)* Y todos dormirán con cualquiera y a nadie le preocupará..., y eso no tiene ninguna importancia... como si fuera un enorme corral. *(Se detiene. El parece fastidiado, luego se vuelve. Ella lo mira un momento, luego dice gentilmente.)* No estoy tratando de fastidiarte, Peter. No es que quiera desquitarme porque..., porque no sientes por mí lo que yo siento por ti. Veo ahora que realmente yo soy más vieja que tú. Y lo que siento profundamente dentro de mí me hace más sabia también. Tú no eres más que un muchacho que no entiende nada todavía, y dice bravatas. Más tarde o más temprano aprenderás. No volveré a hablarte de esta manera otra vez, pero yo no cambiaré. Y si alguna vez me necesitas... solo... házmelo saber, Peter... *(Lo mira un momento, sonríe de manera más bien incierta, después se dirige directamente hacia su silla y vuelve a adoptar su actitud expectante.* PETER, *todavía en el frente de la escena, se mueve intranquilo.)*

PETER.—*(Como para sí mismo.)* Todo lo que le dije era verdad. Y no es solamente la línea del partido en este asunto y la opinión de mi grupo marxista neorrealista, sino mi propia y auténtica convicción... *(Como si de repente dudara.),* supongo... *(Como convenciéndose a sí mismo.)* Ciertamente que así es. Para una nueva época, se necesita una nueva clase de poesía y un nuevo tipo de poeta. Afortunadamente, sucede que yo soy ese nuevo tipo de poeta. Sin ningún esfuerzo. Me llegó, naturalmente. ¿Sexo? Está muy bien. No hay nada de malo en el sexo. Ni en los asuntos sexuales en general. Pero considerémoslo como el simple y directo negocio que es... *(En este momento* MISTRESS AMESBURY, ANN, LADY SYBIL *y* KATHERINE *emiten al mismo tiempo una risita burlona.* PETER *se detiene y las mira con desconfianza.)* Todo ese romance... ¿qué ha sido? El pasatiempo de mujeres parásitas de la clase ociosa. Una fuga de la realidad. *(Ahora, como dando una conferencia a un auditorio del cual las cuatro mujeres son los únicos espectadores visibles.)* Los componentes de mente más débil de la clase gobernante han querido siempre ocultar los hechos, ¿por qué? Porque los hechos no han sido nunca muy agradables de contemplar. Ellos no querían pensar en un mundo al cual explotaban. De modo que se refugiaron en el mundo irreal, invernáculo del romance, confundiendo deliberadamente la materia elemental y necesaria del instinto sexual con toda clase de turbias tonterías idealistas.

LADY SYBIL.—*(Con calma, claramente.)* ¡Dios mío, qué pesado es usted!

KATHERINE.—El sabe que eso no es verdad.

MISTRESS AMESBURY.—Claro que lo sabe. Existe alguien.

ANN.—Alguien... en alguna parte. ¿Y por qué no podría haber sido yo?

PETER.—*(Cambiando completamente de expresión.)*

Sí..., una vez más..., depresión, vacío.
Desolación, como si aquí dentro,

(Se pone la mano en el pecho.)

el desierto comenzara y se extendiera hacia el infinito.
Arena y viejos huesos bajo un cielo ardiente,
y la calavera que hace muecas al buitre...

(En tempo *más violento.)*

Ante mí hay casas, calles, autobuses, tranvías:
Pare. Siga. Pare. Siga, Mantenga su izquierda.
Cruce aquí, boletos, por favor. Prohibido fumar. Pague en monedas.
Pruébelo ahora. Todos a ganadores. ¿Por qué pagar más?
Una masa de rostros y una masa de mentes,
una jalea de ojos ciegos. Toda magia ha muerto.
En este baratillo que es el mundo.

(Con más fuerza y pasión.)

¿Dónde está el jardín en el que mi perdido amor camina?

(Aquí toda la iluminación cambia, como si el cuarto hubiese desaparecido. El panorama es iluminado y una de las ventanas fuertemente, desde abajo. PETER *corre hacia esa ventana y se sienta en ella, mirando hacia abajo, como desde una gran altura. No se distingue nada ni a nadie, sino a él.)*

No comprendemos al hombre que llevamos dentro;
nuestros ojos no son nuestros ojos; hay un corazón
que alimenta la imaginación con extraña sangre,
que no es el corazón que nuestras madres escuchaban en la noche
pensando el nombre que nos darían.
Nacimientos y muertes.
Celebramos nuestro ser en cada cambio.
Porque una vez una reina paseaba por un jardín,
y nunca estos ojos vieron, sin nombre, un rostro.
Tornáronse en piedra los rostros todos del mundo...
Pudo ser Nefertiti, la Reina del Sol,
delante del templo donde el arpa de siete cuerdas
nunca pudo igualar la música de su mirada;
o la griega Helena que Troya incendiara.
Y mantuvo ardiendo durante el largo ensueño
de ochenta generaciones. O Semíramis,
la dorada paloma, que hechizó a Babilonia
con su cabellera suelta. Pudo ser Deirdre,
la de los hombros blancos y la boca de miel,
o la rubia Guinevere con sus ojos de abril,
o María la de los Escoceses, la delicada bruja del amor,
encanto derramado como vino en el Norte gris,
logrando poetas de los brezos. ¡Oh, corazón,
que no lates de este lado de la luna aunque arrancas
a una rosa su rojo más intenso, déjame en paz!

(Se acerca otra vez hasta el primer plano y las luces están como al principio. Ahora habla más bien tranquilamente, aunque todavía recitando como un poeta.)

Quizá todavía estoy fingiendo. Soy un niño,
vagando, perdido en una vasta mansión de sueños...

(Entra por la izquierda una mujer de edad mediana vestida al estilo que se usaba aproximadamente hace veinte años, más bien raída, una mujer de la baja clase media provinciana. Es MISTRESS CHILHAM. *Se adelante tímidamente, vacilando.)*

MISTRESS CHILHAM.—Por favor, míster, ¿puedo hablar con míster Philip Chilham?

PETER.—*(Que evidentemente no la ve.)*

...en una vasta mansión de sueños,
y hay un cuarto pequeño que yo llamo realidad, y pienso,
cuando me encuentro allí, que es eso lo único que hay que conocer...

MISTRESS CHILHAM.—Usted perdone, míster, pero quisiera saber si podría hablar unas palabras con míster Philip Chilham...

PETER.—*(Como si no la viese.)*

Y me asombra ver que allí mi corazón parece perseguido...

MISTRESS CHILHAM.—*(Mirándolo con desesperanza.)* ¡Oh, Dios mío!

PETER.—

Veo el papel descolorido en la pared de aquel cuarto,
y pienso que los borrosos dibujos son nuestras vidas...

MISTRESS CHILHAM.—*(Ansiosa.)* Vea, míster, soy su madre, mistress Chilham...

PETER.—

La música y la risa llegan desde el gran vestíbulo
para perseguirnos en esa habitación. Nos tapamos los oídos...

(Se detiene para observar, como a través de una bruma, a MISTRESS CHILHAM.)

MISTRESS CHILHAM.—*(Confidencial.)* Sí, míster. Soy mistress Chilham. Solo quiero hablar una o dos palabras con mi hijo Philip, puedo hacerlo sin molestar a nadie.

PETER.—Le avisaré. *(Se vuelve ligeramente, luego la observa con curiosidad.)* Pero..., ¿no es usted?...

MISTRESS CHILHAM.—*(Desahogándose, exaltada.)* Sí; míster... En mil novecientos veinte. Hace mucho tiempo, ¿verdad?

PETER.—*(Pensativo.)* Sí. Yo lo llamaré. *(Vuelve a su asiento y toca a* CHILHAM *antes de sentarse.* CHILHAM *se adelanta lentamente, mientras* PETER *toma de nuevo su actitud expectante.)*

CHILHAM.—¡Mamá!

MISTRESS CHILHAM.—*(Mirándolo ansiosa.)* Sí, Philip. Soy tu madre. ¿Estás bien, hijo? *(Lo toca y lo observa. Después de esto se sientan.)*

CHILHAM.—Debo creer que lo estoy ¡Me va muy bien, madre!

MISTRESS CHILHAM.—Vamos, ¿estás seguro? Antes no me decías eso, ¿verdad?

CHILHAM.—No, ¿por qué había de decírtelo?

MISTRESS CHILHAM.—Bien, esa solía ser una de tus pequeñas tretas, ¿sabes, Philip?, cuando te hallabas en ese estado de ánimo. Regresabas a casa, de la escuela o de tu trabajo, y nos decías que te iba muy bien, cuando en realidad estabas preocupado y te sentías desdichado.

CHILHAM.—*(Con aire de muchacho más bien jactancioso.)* Escucha, madre. Gano cinco mil..., cinco mil libras..., por año. Veinte veces más de lo que papá ganó siempre.

MISTRESS CHILHAM.—¿Por qué te pagan esa cantidad de dinero?

CHILHAM.—*(Con el mismo tono y un dejo de desafío.)* Porque mi columna de «La Gaceta Diaria» es una de las más notables, más difundidas en el periodismo inglés. Todo el mundo la lee y todo el mundo desea verse mencionado en ella. Me persiguen en manada, madre, gente famosa, solo para pedirme que diga algo bonito sobre ellos.

MISTRESS CHILHAM.—Bueno, yo nunca lo hice.

CHILHAM.—*(Apresurando el tono.)* Voy a donde quiero..., teatros, «cabarets», restaurantes..., sin gastar nada. Me ofrecen vacaciones gratuitas en grandes hoteles. Cigarros gratis y cigarrillos, y cajones de «whisky» y ropas. Tengo seis hermosas batas de dormir, de seda, enteramente nuevas.

MISTRESS CHILHAM.—¿No tienes esposa aún, Philip?

CHILHAM.—*(Rápidamente, nerviosamente.)* No, estuve comprometido en una ocasión, pero nos separamos. Sin embargo, eso no me inquieta. Estoy demasiado ocupado. Lo paso magníficamente. Todo el mundo trata de retenerme.

MISTRESS CHILHAM.—*(Observándolo fijamente.)* Tú no me engañas, ¿verdad?

CHILHAM.—*(En el mismo tono.)* Claro que no. Cada una de las palabras que te digo es la verdad. He alquilado uno de los mejores pisos de Londres, justo en Park Lane. Todos los artefactos eléctricos son los más modernos..., ¡y si vieras el cuarto de baño! Piensa si hubiéramos sabido lo que iba a suceder, cuando estábamos allá, en el sucio Dunley.

MISTRESS CHILHAM.—*(Del mismo modo firmemente escéptico.)* ¿Es bueno ese trabajo que tú haces, Philip?

CHILHAM.—*(Con más irritación.)* Por supuesto que lo es. ¿Por qué no habría de serlo? Hay miles de tipos que se abalanzarían sobre él si tuviesen la ocasión y supiesen cómo desenvolverse. Es mucho más difícil de lo que parece mantenerse ágil constantemente, olfatear las noticias, estar bien enterado, listo, y sin que se pierda el interés humano general. Te diré: gano mucho porque

con todas las cosas que me regalan obtengo más de cinco mil libras al año, pero me las gano honestamente.

MISTRESS CHILHAM.—¿Es este un trabajo bueno y decente?

CHILHAM.—*(Más rápidamente y más nervioso.)* ¿No te estoy diciendo que lo es? ¿Y no te dije que todo el mundo corre detrás de mí? Invitándome a almuerzos, «cocktails-parties», cenas, reuniones nocturnas, a pasar el fin de semana; sí, señores muy importantes también; ¡te sorprenderías! Y te diré, no son solamente las actrices y las mujeres de sociedad y la gente de cine, los que quieren que yo los mencione, porque algunos de estos políticos y estos grandes ciudadanos son igualmente fastidiosos. Pasé una semana en un yate el otoño pasado. Fui hasta el sur de Francia—Cannes, Montecarlo—esta primavera. Tengo el aparato de radio más grande que hayas visto jamás.

MISTRESS CHILHAM.—*(Firmemente.)* Insisto en mi pregunta.

CHILHAM.—*(Casi encolerizado ahora.)* ¡Y yo te estoy respondiendo! Tengo roperos llenos de ropa, docenas de camisas de seda, seis batas de noche nuevas. Tengo un *valet*... nunca me sirvo nada yo mismo. Tengo un gran automóvil y chófer..., no me reconocerías si me vieses viajar en él. Un poco diferente de aquella callejuela de Dunley, ¿eh? Pero fíjate; no es solamente suerte; soy inteligente y trabajo mucho. Te lo he dicho, madre, hay que estar bien firme sobre los pies para mantener un contrato y manejarse con «La Gaceta» y con todos los que están en el mismo juego esperando verlo caer a uno. Pero no me importa. Yo puedo hacerlo. Soy listo. Estoy en la cumbre y allí me mantengo. Lo he logrado todo.

MISTRESS CHILHAM.—*(Tristemente.)* ¿Qué es lo que te sucede, muchacho?...

CHILHAM.—*(Ahora casi gritando, histéricamente.)* ¡Por el amor de Dios! ¡No continúes así! Te estoy diciendo que estoy muy bien colocado en la cumbre. Lo he logrado todo..., todo, «todo». *(Habiendo elevado la voz casi hasta el chillido, estalla de pronto, no en un llanto fuerte, sino hundiendo el rostro entre las manos y sacudiéndose violentamente. Su madre lo mira ahora compasivamente.)*

MISTRESS CHILHAM.—*(Con simpatía.)* Vamos, muchacho, he podido ver que no estás bien, y que continúas con tu vieja treta. Pero no puede ser tan terrible como lo has descrito. Si lo es, debes terminar con ello e intentar conseguir algo que te haga sentirte más humano y menos un despojo histérico. Vuelve al sitio de donde partiste..., a Dunley.

CHILHAM.—*(Levantando la vista, tranquila y trágicamente.)* No podría; tú no comprendes, madre.

MISTRESS CHILHAM.—No es la primera vez que me dices eso. Pero ¿por qué no podrías?

CHILHAM.—*(En el mismo tono de antes.)* Soy como un hombre que conduce un coche de carreras que gira y gira alrededor de una pista. No me atrevo a detenerme ni a retroceder..., me estrella-

ría. Lo único que puedo hacer es continuar dando vueltas más de prisa..., más de prisa. Y esto me enferma. Y tengo miedo. *(Ella le da palmaditas una o dos veces, reanimándolo, mientras él la mira con desesperación. Un fornido muchacho con zahones entra ahora lentamente por la izquierda. Su nombre es* TOM, *y habla con un acento provinciano parecido al que se nota en el lenguaje de* DIRNIE, *pero más pronunciado. Se detiene apenas entra.)*

TOM.—Busco a Jim Dirnie.

MISTRESS CHILHAM.—*(En un susurro.)* Valdrá más que me vaya, Philip. Y tú trata de ser mejor, no te conduzcas como un tonto. *(Sale por la izquierda, saluda con la cabeza y dirige una sonrisa a* TOM, *que este devuelve. Ahora* TOM *se adelanta.)*

TOM.—Busco a Jim Dirnie.

CHILHAM.—*(Como si recitara uno de sus propios párrafos.)* Sir James Dirnie ha sido visto por todas partes estos días, y más aún... estas noches. Generalmente, acompañado de Lady-«Snoops»-Linchester. Sir James, según me han dicho, surgió repentinamente, como un hombre poderoso, hace diez años, en el torvo mundo de las maquinarias, en el Norte. Fue designado gerente general de Matson Jones cuando apenas tenía treinta años; una carrera fácil. Desde entonces ha ido subiendo como un cohete: designa dos o tres gerentes generales en una mañana, embarca a media docena de grandes firmas y es consultado a menudo por el ministro de Defensa. Tiene uno de los yates más hermosos que se conocen, pero solo lo ve dos veces al año. *(Vuelve a su silla.)*

TOM.—Vamos, Jim.

SIR JAMES.—*(Adelantándose con lentitud, vacilando.)* Oh... ¿eres tú, Tom?

TOM.—Sí.

SIR JAMES.—¿Qué quieres?

TOM.—*(Mirándolo duramente.)* ¿Podemos confiar en ti, Jim Dirnie?

SIR JAMES.—*(Con cierta torpeza.)* Tú deberías saberlo.

TOM.—*(Vacilando.)* ¡Ah!... Pero esto es algo muy serio. Si ellos imaginaran solamente que te lo dije... Acabarían conmigo.

SIR JAMES.—*(Que habla ahora con acento pronunciado, como si fuese un hombre más joven.)* Vamos..., al diablo, Tom, hablas como si yo fuese uno de vosotros. Hace solo un año que abandoné el Sindicato y solo porque me vi obligado..., no puedes culparme por haber obtenido una pequeña mejora. Alguien debía ocuparse de la organización, y mejor yo que un extraño.

TOM.—*(Intranquilo.)* Lo sé, Jim, lo sé.

SIR JAMES.—Hemos sido camaradas, ¿verdad?

TOM.—Sí. Pero tú sabes cómo reaccionan algunos de los muchachos. Si supieran que te estoy enterando...

SIR JAMES.—Ya te he dicho, Tom, por qué quería saberlo. No es por la firma. ¡Al diablo con la firma! Pero, como te dije, necesito irme por algunos días..., tengo que ver nuevamente a aque-

lla muchacha..., y si yo supiese por adelantado lo que va a suceder, todo sería más fácil para mí. Vamos, Tom...

TOM.—Muy bien, Jim, no te he dicho que no te lo voy a decir. Solo que..., por el amor de Dios..., ten cuidado...

SIR JAMES.—¡Por supuesto..., por supuesto! ¿Y bien..., Tom?

TOM.—*(Acercándose mucho y bajando la voz.)* Todo está convenido. Pararemos durante una semana a partir del lunes. Todos nosotros, sin fallar uno.

SIR JAMES.—*(Ansiosamente.)* ¿Es eso seguro?

TOM.—Sí.

SIR JAMES.—*(Lentamente, con cierta excitación.)* ¡Todos pararán por una semana, desde el lunes! Gracias, Tom. *(Hay algo en él, en el tono, en la mirada, que repentinamente desagrada a* TOM. *Entonces pone una mano en el hombro de* DIRNIE *y lo mira atentamente.)*

TOM.—Tienes una mirada extraña, Jim. Tú no nos traicionarás, ¿verdad?

SIR JAMES.—*(Incómodo.)* ¡Habla con juicio, Tom! Bueno, tengo que irme.

TOM.—*(Impidiéndole irse.)* No me gusta esa mirada. Hay algo desagradable en ella. Si un tipo se dispusiese a traicionar a sus viejos camaradas, miraría en esa forma.

SIR JAMES.—*(Más incómodo.)* ¡Oh! ¿Quieres terminar?

TOM.—*(Con energía creciente.)* Si tú cuentas a los patronos lo que acabo de decirte, Jim Dirnie, podrías hacer carrera y destrozar el Sindicato y liquidarme a mí. Podrías. Serías capaz. *(Mira extrañamente a* DIRNIE, *sosteniéndolo ahora con ambas manos. Luego, gritando terriblemente, dice.)* ¿Por qué? Sanguinario Judas Iscariote..., ¿qué es lo que hiciste? *(*TOM *lo suelta, observándolo con horror. Hay horror y culpa en el rostro de* DIRNIE *cuando le devuelve la mirada. Se produce una larga pausa.)*

SIR JAMES.—*(Muy tranquilo, casi divertido.)* Tú has estado muerto durante quince años, Tom. Yo te hubiese conseguido algo, después que te echaron del Sindicato; pero, por supuesto, tuviste que ponerte trágico e irte con tu ciega borrachera a terminar en el estanque del molino de Foley. Hace quince años. Casi te había olvidado.

TOM.—*(Muy tranquilo.)* Eso es una mentira, y una de tus más pobres mentiras.

SIR JAMES.—*(Lentamente.)* Tú no comprendes, pobre e ignorante ahogado parlanchín. Siempre hablaste demasiado, Tom, y eso acabó contigo...; pero yo, en cambio, durante todos esos quince años he estado vivo, muy vivo; con el sol brillando sobre mí, progresando en el mundo, ganando dinero, tratando a grandes místers..., acostándome con sus mujeres, divirtiéndome..., naturalmente, casi te había olvidado.

TOM.—¡No! Hay algo en ti, un maldito algo muy importante, que no ha estado vivo estos quince años, ni ha sentido brillar el

sol, ni se ha acostado con esas mujeres, ni se ha divertido, y te diré por qué. Ese algo tuyo no está aquí.

SIR JAMES.—¿Dónde está entonces?

TOM.—*(Asperamente, triunfalmente.)* En el fondo del hediondo estanque del molino de Foley. *(Se acerca a él con el rostro sombrío.)* Y ahora, Jim Dirnie, continúa disfrutando; no tienes más que continuar disfrutando... «si puedes». *(Se vuelve y, desdeñosamente, hace un ruido como si escupiese, luego sale por la izquierda sin mirar una sola vez hacia atrás.* DIRNIE *se queda de pie rígido, como si hubiese escuchado pronunciar una terrible sentencia sobre él. Luego, después de una gran pausa, murmura.)*

SIR JAMES.—¿Es ese el porqué? ¿Es ese el porqué?

LADY SYBIL.—¿El porqué qué, querido?

SIR JAMES.—*(Lentamente.)* ¿Por qué no me importa?

LADY SYBIL.—¿*Qué* es lo que no te importa?

SIR JAMES.—*(Rápidamente ahora.)* Todo. Tú... incluida en ese todo.

LADY SYBIL.—*(Agriamente.)* No seas grosero. ¿Acaso he simulado alguna vez ser romántica contigo? He sido totalmente sincera. En cuanto a ti, siempre he supuesto que en tu vida existió una aventura con una camarera o moza de café, o algo por el estilo, que te hace pensar que nunca te diviertes de acuerdo con la suma que has gastado. *(Antes que* DIRNIE *pueda contestar, llega desde fuera, por la izquierda, la voz de una muchacha que grita: «¡Sn... o... o... ps!» «¡Sn... oops!»* LADY SYBIL *se sobresalta al escucharla.)*

SIR JAMES.—Pues bien, estás muy equivocada... no ha habido...

LADY SYBIL.—*(Colérica.)* ¡No hables!

SIR JAMES.—*(Molesto.)* ¿Qué diablos te...?

LADY SYBIL.—*(Apasionadamente.)* ¡Oh! ¡Cállate! *(Presta atención nuevamente, y ella y nosotros escuchamos aproximarse la voz: «¡Snoo... ops! Snoo... ps.»)* ¡Rápido..., vete! *(En su impaciencia lo empuja hacia las sillas después de mirarla asombrado,* DIRNIE *se encoge de hombros y vuelve a su silla, tomando de nuevo su actitud de espectador. La hermana de* LADY SYBIL, DEBORAH, *entra por la izquierda. Es una muchacha de unos diecisiete años, vestida como lo estaría una estudiante en vacaciones veinte años atrás, sin «peinado alto», etc. Es una muchacha alta y delgada; evidentemente, aficionada al aire libre.)*

DEBORAH.—*(Más bien excitada.)* «Snoops», te he estado buscando por todas partes. Lo extraordinario contigo es que cuando no se te necesita, nadie consigue que te vayas, y cuando eres necesaria, a todo el mundo le cuesta horas encontrarte. Tienes pájaros en la cabeza, verdaderamente.

LADY SYBIL.—*(De nuevo joven.)* ¡Así me gusta, Deb! Tú eres solo dos años mayor que yo y hablas como si tuvieras noventa. ¿Qué ha sucedido? *(Comienza a hablar en una alborotada jerga escolar.)*

DEBORAH.—No es tan terrible como decían.

LADY SYBIL.—¿Cuántos dejarán?

DEBORAH.—¡Qué modo tonto de preguntar, *Snoops!* Cuentas caballos como si fuesen ovejas. Quieres decir, ¿quiénes quedarán?

LADY SYBIL.—Está bien; quiénes, cuáles, como te guste. ¡Solamente dime, rápido!

DEBORAH.—«Whitefoot» no será vendido.

LADY SYBIL.—*(Rápidamente.)* No sirve para nosotras.

DEBORAH.—No seas tonta y egoísta, *Snoops.* El hecho es que a él lo tendremos y yo lo adoro. Además, conservaremos a *Mack* y a *Brownie...*

LADY SYBIL.—*(Rápidamente.)* ¡A *Brownie* yo lo agarro!

DEBORAH.—No lo agarras. *(Se ríe.)* Me hubiera gustado ver a alguien agarrando a «Brownie»; creo que debe pesar cerca de una tonelada.

LADY SYBIL.—Lo sé. Está gordo como una bestia, pero nosotras nos ocuparemos de él.

DEBORAH.—*(Con simpático orgullo.)* «¿Nosotras?» En realidad, *Snoops,* harás muy pocas cabalgadas conmigo estos próximos dos años. Decididamente, me voy con madame Marcier.

LADY SYBIL.—*(Apresuradamente.)* Por mí puedes quedarte con madame Marcier. Será terrible. La hermana de June Franklin fue, y June dice que ella lo aborreció siempre; no había diversiones ni desportes, las más horrorosas muchachas francesas y una atmósfera general de rigidez espantosa.

DEBORAH.—*(Condescendiente y orgullosa.)* Lo sé. He oído hablar mucho sobre eso. Pero tan pronto como termine, saldré de allí convertida realmente en una persona mayor; entonces iré a bailes y a todas partes, mientras tú estarás todavía en la escuela, creciendo entre guisos y budines de sémola, y apartándote del camino de todos. Solamente de cuando en cuando permitirán que te quedes levantada para que puedas contemplarme con mi nuevo traje de baile.

LADY SYBIL.—*(Disgustada.)* ¡Oh! ¡Sandeces! Vamos, tú siempre tienes sueño antes que yo.

DEBORAH.—Entonces ya no será así. Una vida distinta, ¿te das cuenta? Ahora no tenemos otra cosa que hacer que quedarnos dormidas, cuando ha terminado el día. Pero después, cuando salga, será completamente diferente. ¡Diversiones a montones! Mira, *Snoops,* aun cuando eres una gran idiota y la más terrible ladrona, me gustaría que tú también salieras al mismo tiempo. Entonces podríamos andar juntas y divertirnos mucho. Solamente espera dos años y entonces nos iniciaremos de verdad. *(Se interrumpe, mirando con curiosidad el rostro de* LADY SYBIL, *que está de espaldas al público.)* ¿Qué te pasa? (LADY SYBIL *mueve la cabeza y* DEBORAH *la observa con curiosidad, como si lentamente se diera cuenta del hecho de que algo ha cambiado en su hermana menor.) Snoops...* algo está mal..., ¿no es cierto? *(Mirándola todavía con asombro.)* Tú eres *Snoops,* ¿no es cierto, querida? (LADY

SYBIL *hace un ademán afirmativo.)* En realidad no pensé que no lo eras, quiero decir, tú debes ser tú tal como yo soy yo..., de manera que todo está perfectamente, pero estás tan cambiada... y nosotras no somos... *(Con extravío, lentamente.)* Ya ves, estábamos en nuestro rincón en el jardín de Brankleford... y era en la época en que papá comenzó a venderlo todo..., yo no me había internado en casa de madame Marcier..., y me imaginaba que, cuando saliese, ya mayor, nos íbamos a divertir, pero, nunca lo hicimos, ¿verdad? Yo, por lo menos, no lo hice..., parece que tú...

LADY SYBIL.—*(Aguda, trágicamente.)* No. No, no, Deborah, no ha sido como..., como tú pensabas que debía ser... cuando fuéramos mayores. Todo anduvo mal. Quizá a causa de que tú no estabas allí, Deb. Desapareciste, simplemente. Te volviste a nuestro rincón del jardín de Brankleford... para siempre Y yo me he alejado cada vez más. Y cada vez me importan menos ciertas cosas. Aquella época, aquel tiempo..., fueron sólidamente reales para mí y me hicieron feliz. Desde entonces todo se ha tambaleado y desaparecido a mi alrededor. He quemado cada día con la esperanza de que el siguiente sería mejor. Nunca lo fue. Parece que he estado viajando en una dirección equivocada. Debí haber regresado... a ti, a Brankleford. Lo sé ahora. Intimamente nunca crecí, nunca encaré la vida correctamente. Supongo que todo está mal, pero ya está hecho y, Deborah... ¿qué puedo hacer ahora? *(Sollozando, toma a* DEBORAH *por el brazo, mirándola desesperadamente.)* Dime..., dime..., ¿qué puedo hacer? (DEBORAH *la mira afectuosamente, pero solo puede contemplarla impotente. Mientras están en silencio,* RUPERT AMESBURY *entra lentamente por la izquierda.* LADY SYBIL *no lo ve, pero sí* DEBORAH.)

DEBORAH.—*(Tranquilamente.)* Rupert, no sé qué es lo que le pasa a *Snoops.*

RUPERT.—*(Tranquilamente.)* No me preocuparía si estuviese en tu lugar.

DEBORAH.—No, pero fíjate; sé que ella no es feliz; lo he sentido durante mucho tiempo; pero todo es tan desconcertante..., no sé qué hacer...

RUPERT.—*(Tranquilamente.)* No creo que puedas hacer nada, Deb.

DEBORAH.—Pero debe haber algo. Acaso ¿se enamoró ella de alguien... y le fue mal?

RUPERT.—No. Dudo que alguna vez haya estado enamorada realmente de alguien.

DEBORAH.—Dice que llegar a ser mayor no es lo que nosotros imaginábamos.

RUPERT.—*(Amable.)* No, no creo que lo sea.

DEBORAH.—Ahora desea volver nuevamente conmigo a Brankleford, y cuando estábamos allá siempre quería irse y ser mayor. *(Están de pie juntos mirando a* LADY SYBIL, *que se levanta lentamente, desesperanzada, como si estuviera abstraída hasta de la presencia de* DEBORAH. *Cuando ella se vuelve para regresar a su*

lugar, DEBORAH *extiende una mano para detenerla, pero rápidamente* RUPERT *se lo impide. De modo que ellos observan cómo* LADY SYBIL *vuelve y toma su anterior actitud de espectadora.)*

RUPERT.—No deberías preocuparte por ella, Deb.

DEBORAH.—Debo hacerlo, ya lo sabes. Ella es *Snoops.* Nada puede cambiar eso.

RUPERT.—No, pero no puedes hacer nada por ella, sin embargo. *(Las notas finales del movimiento lento se escuchan ahora suavemente. Fuera, a la derecha, se oye la voz de* SHIEL *que llama, no fuerte, pero claramente.)*

SHIEL.—¡Doctor Ebenthal! ¡Doctor Ebenthal! *(Ahora* SHIEL *aparece sobre la plataforma; baja de ella, pero permanece hacia la derecha. Está como lo habíamos visto al principio. De la izquierda sale entonces el* DOCTOR EBENTHAL, *un músico austríaco judío, de cierta edad, que va vestido como un extranjero de hace veinte o treinta años. Habla con marcado acento extranjero.)*

DOCTOR EBENTHAL.—*(Sonriendo.)* Sí, David, aquí estoy. Estaba escuchando.

SHIEL.—*(Como un alumno, nervioso.)* ¿Está bien?...

DOCTOR EBENTHAL.—Sí, David, está bien. No es perfecto. No eres Mozart. Pero eres un buen músico. Tienes algo que decir con tu música y comienzas a comprender cómo puedes decirlo. Sí, estoy contento.

SHIEL.—¡Hurra!... Pero este primer movimiento aún no está bien, ¿verdad?

DOCTOR EBENTHAL.—No. Temo que anuncies tu segundo movimiento demasiado pronto, antes de haber desarrollado bien el primero. Y este segundo tema, me parece, no podría soportar el peso que pones sobre él, es demasiado flojo.

SHIEL.—*(Humildemente.)* Lo sé. Debo volver a escribir ese primer movimiento. Este segundo es mejor, ¿no lo cree usted?

DOCTOR EBENTHAL.—Mucho, mucho mejor. No es fácil lograr su... su verdadero color solo con el piano. Espero que lo hayas instrumentado suavemente; sobre todo en la parte central, en especial con instrumentos de viento, ¿eh? Pienso que algunos pasajes serían buenos para oboes y clarines, ¿verdad?

SHIEL.—*(Complacido.)* Sí, maestro. Pero, el último movimiento es el mejor. Espero que estará usted de acuerdo conmigo. *(Hace un ademán como para volver al interior, pero el comentario del* DOCTOR EBENTHAL *lo retiene.)*

DOCTOR EBENTHAL.—*(Pensativo.)* ¡Ah, David, deberíamos estar en Viena otra vez y cuando hubieses terminado podríamos tocar esa partitura en mi rincón de Schwiegler!

SHIEL.—*(Cortante.)* No, doctor.

DOCTOR EBENTHAL.—*(Sorprendido.)* Pero, David, antes te hacía feliz el ir a Schwiegler y amabas nuestra Viena. ¿Has cambiado, acaso?

SHIEL.—*(Amable.)* No, yo no he cambiado, pero Viena sí.

DOCTOR EBENTHAL.—*(Haciendo una concesión.)* Bien, un poco, creo..., todo cambia...

SHIEL.—*(Tranquilo, pero con amargura.)* No; mucho. Viena está completamente cambiada. Si usted estuviese allí ahora, ellos le harían... *(Se reprime.)* No, usted no podría ni comenzar a comprender cuánto ha cambiado. Ni las cosas que suceden allí ahora. Yo no puedo decirle lo que siento sobre eso, pero la música podrá hacerlo. *(Ha dicho esto volviéndose en el preciso momento de ir al interior. El* DOCTOR EBENTHAL, *con aire extraviado, retrocede hacia la izquierda, y sale. La música llega con más fuerza y es terriblemente triste. En el momento en que se escuchan las notas finales, la habitación parece igual que cuando comenzó ese movimiento. La música termina. Se produce la misma agitación que la vez anterior, aunque ahora más amortiguada.)*

DOCTOR EBENTHAL.—*(Suavemente, pero con firmeza.)* Sí, me gustó mucho..., muchísimo, sin duda. *(Se encienden nuevamente las luces en este momento.)*

LADY SYBIL.—*(Fríamente.)* Hum... sí. Se arrastra un poco, ¿verdad?

PETER.—*(A* ANN *más que a los demás.)* Demasiado romántico y suave.

ANN.—*(Susurrando.)* Pienso que me gustaría ser romántica y suave.

LENGEL.—*(Apareciendo desde el interior, sarcásticamente.)* ¿Todos despiertos todavía?

SIR JAMES.—*(Un poco pesadamente.)* ¡Oh!..., sí... Nada me ha producido sueño. Muy bien ejecutado, además.

KATHERINE.—Gracias, Nick.

MISTRESS AMESBURY.—*(A* BENDREX, *al aparecer* SHIEL.) Charles, ¿se siente bien?

BENDREX.—*(Abriendo lentamente los ojos.)* Sí, querida. Estaba solo pensando, recordando. *(Cierra otra vez los ojos. Como* MISTRESS AMESBURY *lo mira otra vez,* KATHERINE *se pone un dedo sobre la boca, y mueve la cabeza.)*

MISTRESS AMESBURY.—¿Todo el mundo se siente cómodo?

SIR JAMES.—*(Bruscamente.)* No, yo no.

TELON

ACTO TERCERO

La escena igual a la del segundo acto.

LADY SYBIL.—Vamos, Jimmy, no seas pesado.

MISTRESS AMESBURY.—*(Se levanta.)* Lo siento mucho, sir James; puedo.

SIR JAMES.—No me refería al asiento en que estoy sentado o a la temperatura del cuarto. Están muy bien. Pero no me siento cómodo. *(A* LADY SYBIL.) Y tampoco lo estás tú. *(Indicando a* CHILHAM.) Y tampoco lo está él.

LADY SYBIL.—Me encuentro perfectamente..., excepto, debo admitirlo, que tengo una pizca de sueño.

SHIEL.—Por mi culpa. Estos movimientos largos y lentos suelen ser un poquito aburridos.

CHILHAM.—Casi estoy de acuerdo con usted en eso, Shiel.

SHIEL.—Temía que lo estuviese. Bueno, debemos tratar de despertarlos. El próximo movimiento es mucho más brillante.

LENGEL.—*(Con sarcasmo.)* Al comienzo uno creería estar en el Savoy Hotel.

LADY SYBIL.—Míster Lengel, parece que usted no nos aprecia mucho.

SIR JAMES.—¿Y por qué había de hacerlo?

LENGEL.—¡Oh!... me estoy convirtiendo rápidamente en un viejo violinista indecente. No se ocupen de mí.

KATHERINE.—Nick, no seas tonto.

MISTRESS AMESBURY.—Estamos listos, David.

SHIEL.—*(Alegremente.)* Muy bien. Bueno, ahora, el tercer y último movimiento. No muy extenso, pero un poco complicado. «Allegro, agitado, maestoso nobile»; lo que quiere decir que comienza en un bonito estilo juguetón y alegre, para despertarlos, después se vuelve muy agitado..., discurriendo sobre la vida, y luego termina en un final grandioso y noble.

ANN.—*(Impulsiva, sincera.)* ¡Formidable!

SHIEL.—¡Ah! ¿Entonces usted aprueba que el final sea grandioso y noble?

ANN.—Sí, por cierto.

SHIEL.—Yo también. (SHIEL *y* LENGEL *se dirigen al interior. Todos se sitúan como antes y comienza la música.* BENDREX, *du-*

rante todas estas escenas, permanece inmóvil, con los ojos cerrados. Al iniciarse el diálogo comienza a decaer la música.)

SHIEL.—*(Desde fuera, con voz muy fuerte.)* ¡Despierten!

LENGEL.—*(Desde fuera, con voz muy fuerte.)* ¡Vamos, despierten!

SHIEL.—*Entrando con gran viveza y humor.)* ¡Vamos, vamos; despierten..., despierten!

LENGEL.—*(Entrando de la misma manera.)* Es la diana. Levántense y anímense, mis pequeños soldados, levántense y anímense. ¡Despierten, despierten! (ANN, PETER, LADY SYBIL *y* CHILHAM *se levantan inmediatamente.* MISTRESS AMESBURY, KATHERINE *y* DIRNIE, *al principio se yerguen, después se levantan.)*

LOS OYENTES.—*(Indignados.)* No estábamos dormidos. No estábamos dormidos.

SHIEL.—*(Con voz sonora.)* Ustedes han estado dormidos durante años y años. *(Coloca un gran revólver en la cabeza de* CHILHAM, *quien se asusta cómicamente.)*

LENGEL.—*(Besando con exageración la mano de* MISTRESS AMESBURY.) Mi querida mistress, ¿no puedo persuadirla, como un favor, de que se despierte?

MISTRESS AMESBURY.—*(Con sorpresa, quizá con placer.)* Bien, sí; puede hacerlo.

SHIEL.—*(Gritando, a* KATHERINE.) ¡Mi amor, mi amor, despierta! *(La besa rápidamente, pero con pasión.)*

KATHERINE.—*(Muy complacida.)* ¡Oh..., David!...

LENGEL.—*(Severamente, a* DIRNIE.) Ahora... ¿ve usted esto? *(Saca de su americana un gran documento fuertemente arrollado y atado con una cinta roja y se lo extiende.)* Esto lo hace a usted presidente tanto de la British Thomson-Houston como de la General Electric.

SIR JAMES.—*(Asombrado y complacido.)* ¡Dios mío!

LENGEL.—*(Alegremente.)* Esto va mejor. ¡Despierte! *(Rápidamente le golpea la cabeza con el documento y luego se vuelve a* LADY SYBIL.) ¿Y qué pasa con usted? Venga aquí.

LADY SYBIL.—*(Complacida.)* Cómo no, querido. *(Se besan y abrazan con entusiasmo. En ese momento* SHIEL *se dirige a* ANN, *sonriendo.)*

SHIEL.—¿Todavía?

ANN.—No; en realidad, no. *(Corre a apoyarse en él con bríos. Luego lo mira, jubilosa.)* Pienso que es usted encantador.

PETER.—*(Adelantándose para encararse con* SHIEL, *más bien con brusquedad.)* Espere un minuto, Shiel. No olvide que soy un poeta. No necesita usted decirme que despierte. Nunca estoy dormido.

SHIEL.—¿Y no podría usted estar más despierto aún?

PETER.—No.

SHIEL.—Me sorprende. *(Saca un revólver y fríamente le dispara.)*

PETER.—*(Alarmado y colérico.)* ¿Por qué, idiota?...

SHIEL.—*(Interrumpiéndolo, imperioso.)* Eso va muy bien. Usted está todavía vivo. Y despierto. *(Incluyéndolos a todos.)* Ustedes están todos vivos y despiertos. Está bien.

LENGEL.—Mucho mejor. *(Mientras los dos se dirigen apresuradamente hacia el interior, las cuatro mujeres forman un pequeño e íntimo grupo bullicioso en primer término de la escena. Los hombres se reúnen en un grupo similar atrás y hablan con ademanes.)*

ANN.—*(Con alegre intimidad.)* Yo solía pensar que me hubiese gustado ser varón, pero ahora no querría ser otra cosa que una muchacha. Es hermoso ser una muchacha.

MISTRESS AMESBURY.—Por supuesto que lo es, querida.

KATHERINE.—Hermoso, hermoso...

LADY SYBIL.—Ser una muchacha.

ANN.—No puedo, sencillamente, describir lo que siento algunas mañanas..., no son mañanas extraordinarias... y, sin embargo, todo es maravilloso, como si atravesase un bosque después de un largo, largo invierno, y todos los árboles estuvieran brotando y hubiese velloritas y violetas y los pájaros cantaran nuevamente y todo eso sucediera solo para mí. *(Al apagarse su voz, comienza* LADY SYBIL.)

LADY SYBIL.—Pero eso es solo el comienzo. Después de la primavera, llega el verano, y después de los pimpollos y las tempranas flores pálidas, la sombra verde y aquietada del bosque; y en los jardines las grandes rosas purpúreas. Y en las noches de verano, que transforman la magia del deseo de los hombres, somos nosotras plenitud de rosa y hasta nuestra sangre es dulzura y perfume...

KATHERINE.—Pero la alegría puede llegar aún más profundamente, bajar y bajar hasta las mismas raíces. Sentir el palpitar del niño que no ha nacido aún, la paz que sigue al dolor, la pequeña boca ansiosa buscando la vida, el repentino y amoroso peso de un niño dormido...

MISTRESS AMESBURY.—He conocido la primavera, el verano y el otoño de una mujer; y ahora, en mi invierno, vivo al menos en el recuerdo, sin peligros. Sin peligros, porque lo que fue verdadero y feliz, no puede ser destruido, sino que permanecerá verdadero y feliz. A veces, cuando me canso de amigos, música y libros, puedo internarme en uno de esos mágicos corredores del recuerdo, y allí todo me espera, pidiendo volver nuevamente a la vida...

CHILHAM.—*(Muy feliz y nervioso.)* ¡Mistress, mistress! *(Hacen todos un grupo general muy íntimo.)* Quiero incluir a todos en una invitación. ¿Saben ustedes?, luego de haber almorzado fuera, o después de algún estreno y cena de madrugada por ahí, no hay nada que me guste tanto como volver a mi piso, ponerme una de mis batas, tomarme un último «whisky» con soda... y luego, mientras repaso en mi mente las experiencias del día, la gente que he conocido, las distracciones y conversaciones mantenidas,

escribir un bien meditado artículo o dos, generalmente en mi mejor vena. Por tanto, es entonces cuando estoy en mi momento mejor, y pregunto: ¿por qué no se vienen todos conmigo para verme cuando estoy así?

SIR JAMES.—Cuando tenga un momento libre lo visitaré. Pero, ¿saben lo que me gustaría hacer?—y por Dios que lo haré—. Es llevarlos a todos en mi yate...

ANN.—*(Muy rápidamente.)* ¡A los Mares del Sur!

LADY SYBIL.—¿Por qué no, Jimmie? ¡Vayamos! ¡Y a Jamaica, y a Martinica, y a Trinidad!

CHILHAM.—Bali..., no debemos olvidarnos de eso... Bali...

PETER.—Cocos y Galápagos...

KATHERINE.—Hawai y Samoa y Tahití...

ANN.—¡Fantástico!

MISTRESS AMESBURY.—A la Gran Barrera de los Arrecifes, más allá de Queensland. Toda mi vida he deseado echar una mirada a la Gran Barrera de los Arrecifes.

SIR JAMES.—*(Alegremente.)* ¡Formidable! No se preocupen por el costo. Lo que no entienden ustedes es lo que para un individuo como yo significa esta vida. No es solamente hacer dinero. Hay en las finanzas todo un mundo de aventura que ustedes no pueden comprender. Planes, campañas, estrategias, escapadas milagrosas, batallas, heridas, victorias. Me he divertido diez veces más con mi trabajo que con cualquier otra cosa. Una vez conseguida mi ventaja—y eso no fue fácil ni placentero, debo admitirlo—cuando ya estoy a salvo, gozo con cada uno de los malditos minutos de este juego.

PETER.—*(Alegremente.)* Ustedes no han escalado nunca una gran montaña, ¿no es cierto? Eso es vivir. Tres o cuatro de nosotros, camaradas en los que se pueda confiar, partiendo en el extraño amanecer verde, los picos emergiendo como una tropa de amigos y enemigos, las tácticas arriesgadas, la emoción de cada nuevo pedazo conquistado, los altos en los acantilados, el frío aire puro de las alturas, el último esfuerzo desesperado por alcanzar la cima. *(Se interrumpe para gritar con fuerza.)* ¡Yo no sé lo que es la vida..., pero..., cielos..., es buena!

ALGUNOS DE LOS OTROS.—¡Es buena!

PETER.—*(Triunfante.)* Sí, y pronto será mucho mejor. Mirad lo que el hombre ha hecho en un corto espacio de tiempo.

CHILHAM.—Casi ha conquistado el mundo.

SIR JAMES.—¡Ciencia, ingeniería, industria!...

PETER.—El hombre ha descubierto el modo de viajar como una flecha, sobre la tierra, debajo del mar, en el aire.

CHILHAM.—Domina todos los continentes, ha hecho cartas geográficas de todos los mares, y construye sus propios lagos y ríos.

SIR JAMES.—Fabrica productos que antes jamás existieron. Crea nuevas variedades de plantas y animales.

PETER.—Observa y calcula el movimiento de vastas constela-

ciones de estrellas y los más diminutos cambios de electricidad en el átomo. Pronto será el Dios, y dará sus órdenes a la Naturaleza.

ANN.—*(Entusiasmada.)* ¡Hurra!... Y entonces tendremas más, más y más diversiones.

LADY SYBIL.—No necesitamos esperar hasta entonces. Podemos divertirnos un poco ahora.

SIR JAMES.—*(Muy cordialmente.)* Los quiero a todos, ¿saben?, los quiero. *(Se ríe de corazón.)*

KATHERINE.—Y nosotros lo queremos a usted.

CHILHAM.—Por supuesto que lo queremos. *(El también ríe. Dan ahora la impresión definida de un grupo muy íntimo en el que se encuentran muy a gusto. La atmósfera es aquí más importante que el lenguaje. Todos permanecen en actitud reposada.)*

PETER.—Soy un loco, pero realmente no pienso en ello.

SIR JAMES.—No creo que usted piense en algo... *(Ríe,* PETER *ríe, y las mujeres ríen.)*

MISTRESS AMESBURY.—*(Riendo.)* Por cierto, cuando se piensa en todo, en realidad, es muy divertido, ¿verdad?

LADY SYBIL.—*(Riendo.)* Es divinamente idiota. *(Ríe.)*

CHILHAM.—Ustedes no hacen más que reír. *(Ríe.)*

SIR JAMES.—Hace un momento estábamos todos abatidos, por nada, y luego... *(Ríe.)*

ANN.—*(Riendo.)* ¡Oh! ¡Miren a Peter! *(Se ríe más fuerte aún.)*

MISTRESS AMESBURY.—*(Riendo.)* En verdad, eres absurda, Ann, en verdad...

ANN.—*(Riendo.)* Porque comienzo a pensar en todas las cosas tontas que he conocido siempre...

SIR JAMES.—*(Estallando.)* Lo mismo me pasa a mí. *(Esto los arrastra a todos, y surge un crescendo de risa, meciéndose todos en un compacto grupo rumoroso. Mientras todo comienza a apaciguarse en oleadas de murmullos, carraspeos, lagrimeos, etcétera, se escucha un terrible grito—que debe sugerir una agonía de espanto y dolor—de* BENDREX. *Esto rompe en seguida el grupo y todos miran a* BENDREX *que se levanta lentamente, vacilando, y con aspecto lívido.)*

BENDREX.—*(Más para sí mismo que para los demás.)* Yo solía pensar, íntimamente, que nada era muy real o muy importante. Estaba equivocado. Ahora lo sé muy bien. El dolor es real. El miedo es muy importante. Dolor y miedo... *(Se queja como si fuese sacudido por otro espasmo del corazón.)* Miedo y dolor... Algunas veces los presentía. Me despertaba en mitad de la noche y entonces me preguntaba si el miedo y el dolor podían estar esperándonos al final. Allí están. Nos sorprenden solos en la oscuridad desolada, porque nada permanece con nosotros, ninguna de las cosas por las que uno se preocupó tanto. Las casas y las calles, los clubes y los teatros, los jardines de los amigos, las ciudades y todos los campos de alrededor; todo eso se lo lleva la corriente; y entonces se queda uno solo, detrás en la oscuridad va-

cía, y de pronto se encuentra el temor y el dolor aguardándonos allí. Necesitan mucho espacio..., quizá el universo entero... *(En un tono bajo y lejano.)* Todo huye en un torrente, cascadas de oscuridad, no solo calles y casas, y gente, también los rostros y las voces de los amigos. Todo huye..., todo huye..., huye... *(Se deja caer en la silla y permanece inmóvil hasta que vuelve a hablar. Los demás, que lo han estado observando con asombro y temor, están ahora terriblemente intranquilos y comienzan a sentirse también muy atemorizados.)*

CHILHAM.—*(Nerviosamente.)* Tengo miedo. Siempre lo he tenido. Imaginen un germen, la cosa más diminuta que se pueda imaginar, ¿qué puede hacer? Se lo diré. Ese diminuto germen puede destruir todo lo que ustedes tienen, lo que hace que la vida tenga valor. Puede devorar y devorar hasta que no quede nada. Simplemente, el más insignificante germen puede hacer eso.

PETER.—*(En tono atormentado.)* Nosotros vivíamos cerca de un asilo de locos en el campo. Los locos solían salir en una especie de torpe procesión, murmurando, riéndose, farfullando. Yo pensaba entonces..., aún lo hago..., ¿qué pasaría si todo se volviese confuso para mí y luego, cuando estuviese completamente consciente otra vez, me encontrase en esa procesión, vacilando, murmurando y farfullando como el resto de ellos?

SIR JAMES.—La gente se ríe ante la idea del D. T. (delírium tremens). No es cosa de risa, permítanme que se lo diga. Tuve un hermano que se derrumbó con el D. T., y nunca me olvidaré. Decía que, cosas..., cosas como enormes cangrejos, salían de las paredes para agarrarlo, que hacían un ruido seco como de barreno, ¡y por Dios!, yo mismo empezaba a oír ese ruido. Así es. Hay algo en nuestro interior. Acaso, alguna célula especial del cerebro que contiene una amarra de terror que juega con nosotros. Si una de estas células, o lo que sea..., comienza a trabajar en nosotros..., ¡rayos!..., no solo sentiremos miedo; nos perderemos en una endiablada selva de terrores y pesadillas.

ANN.—¡Los gatos! Me aterran, no puedo evitarlo. Me aterrorizan. Una vez me invitaron a tomar el té y había cuatro o cinco gatos y me sentí casi enferma y tuve que escapar. Siempre he temido que un día pudiera encontrarme en un cuarto lleno de ellos y no pudiera huir... y se volvieran contra mí, ¡uff!... ¡qué horrible!

KATHERINE.—Más o menos dos meses antes que mi primer hijo naciera, vi en un parque a una mujer con un niño y aquella pobre criaturita tenía un velo que le cubría el rostro, pero en el preciso momento en que pasé, el viento apartó el velo... Y yo vi que aquella..., aquella criatura tenía un rostro... Y me fue imposible olvidarlo y noche tras noche no podía dormir, y rezaba y rezaba para que mi niño no se le pareciese. Ahora mismo, al hablar de ello, siento miedo nuevamente...

LADY SYBIL.—¡Sueños! Los detesto. A mí no me atemorizan las cosas reales. He corrido los más terribles riesgos sin inmutarme.

Pero los sueños me vencen. Esas habitaciones y esos sitios huidizos tan extraños en los que uno se encuentra, esa gente que se parece a los seres que conocemos siendo, sin embargo, diferentes, demonios, que vienen y nos contemplan y murmuran entre dientes..., ¡horrible!

SIR JAMES.—*(Sombrío.)* ¿Continuaremos soñando después de muertos?...

LADY SYBIL.—*(Casi gritando.)* ¡Cállate, maldito tonto! ¿Crees que no he pensado también en eso?

MISTRESS AMESBURY.—*(Comenzando tranquilamente.)* Estaba yo una vez viviendo en una vieja casa de campo. Se suponía que estaba encantada, y a pesar de que nadie veía fantasmas en ella, ciertamente poseía una atmósfera desagradable. Como si alguien, que hubiera vivido allí mucho tiempo, hubiera sido terriblemente desgraciado. Bien; una noche, en esa casa, me desperté en una agonía de terror. Fue exactamente como si, en algún sueño loco, hubiera llegado a un lugar, a un mundo quizá donde no existía nada más que el miedo y que al despertarme deliberadamente para arrancarme de este sueño descubriese con horror que también era así la realidad. Miedo, miedo puro, como si una enorme oscuridad, una carga de horror, estuviera presionándome...

BENDREX.—*(Interrumpiendo, con un terrible grito.)* ¡Ay!... ¡Ay... y... y! *(Todos lo miran, luego él lentamente se incorpora, en una espectral parodia de presidente de un mitin, hablando muy claramente y con una especie de horrible ironía.)* El gigantesco jefe de nuestro circo es el Dolor. Alguna vez se habrán ustedes preguntado por qué las cosas están en un continuo fluir, por qué la existencia entera no está en reposo nunca, sino que huye y se arremolina y cambia siempre de forma. El dolor hace restallar su látigo en el circo. Detrás de la escena está el Dolor. Y esperando en todas las puertas de salida, está el Dolor. No hay escapatoria; no hay ninguna otra cosa, y todos los caminos siguen la misma dirección. *(Moviendo la cabeza en una ironía final.)* Mistress y místers: les deseo un viaje agradable. *(Languidece, cierra los ojos, y queda inmóvil.)*

SIR JAMES.—*(Después de una pausa.)* Pienso que siempre lo he sabido. ¡Sí, siempre! Por eso acostumbraba a decir: «Vamos, aprovechemos la noche! ¡Hola! Siéntese en mi mesa. Traigan champagne. Digan a la orquesta que toque algo alegre.» *(Con cortante desdén.)* ¿Piensan ustedes que yo hubiera derrochado mi dinero en esos tontos malditos de Dios si no hubiese habido algo dentro de mí que quería ahogar? *(Se detiene, recordando.)* ¡Ahogar! Eso es. *(Los encara, como un prisionero confesándose, en un lastimoso tono bajo.)* Escuchen, yo soy culpable, ¿saben? Culpable; eso es lo que soy. Años atrás conseguí un empleo traicionando a un compañero. Eso fue mi comienzo, pero fue su fin. Se ahogó. Sí, él se ahogó..., pero... *(Con tremenda intensidad.)* ¡Cristo!... yo no puedo ahogarlo. Soy culpable, ¿saben? Culpable.

CHILHAM.—*(En tono temeroso.)* Usted no es el único. Mi madre era una mujer de trabajo, pero ahorró un poco de dinero, yo le dije que se lo había depositado. Tenía que ir a Londres, no me atreví a pedírselo, me lo llevé. Por supuesto que se lo hubiera devuelto, pero ella murió repentinamente, murió antes de que le pudiera devolver el dinero. Y ahora, continuamente me vigila. Y no cree una palabra de lo que le digo.

LADY SYBIL.—*(En el mismo tono.)* Después de la muerte de mi hermana Deborah, a mí maldito si me importaba nada, o parecía que no me importaba, pero fui sorprendida con un hombre en un dormitorio de mi casa y mi doncella me salvó cargando ella con la culpa. Fue despedida, pero le prometí preocuparme por ella. No lo hice. Me escribió y trató de verme. Yo la esquivaba. Siempre he esquivado los problemas, pero aquello fue lo peor. Sé que soy una puerca.

ANN.—*(Con asombro.)* ¿Qué es lo que cae como un gran peso de plomo y aplasta nuestra felicidad?

PETER.—¿Qué es lo que me hace sentir como si yo también hubiera traicionado a mi amigo y este se hubiera ahogado? ¿Por qué la doncella que fue despedida y a quien nunca se le prestó ayuda comienza a perseguirme también a mí?

SIR JAMES.—Yo no podría haber tomado ese dinero de mi madre, siempre le he dado con exceso y, sin embargo, me siento culpable de eso también. ¡Culpable! ¡Culpable! ¡Culpable!

MISTRESS AMESBURY.—Todos somos criaturas culpables. Podemos pedir perdón.

ANN.—Sí, podemos pedir perdón.

KATHERINE.—Podemos rogar perdón.

LADY SYBIL.—*(Con angustia.)* ¡Oh, no, no podemos! No hay nadie para perdonarnos. *(Llora suavemente.)*

SIR JAMES.—*(Bruscamente.)* No podemos pedir perdón a un trono vacío. El cielo está desalquilado, pero en el Infierno tendremos un arrendamiento más largo. *(Mientras parecen caer en la tristeza, la música ejecuta uno o dos acordes triunfales, luego* SHIEL *aparece, con aspecto impersonal, extraño, majestuoso.* SIR JAMES *dice con aspereza.)* Este es James Dirnie, Shiel; y yo le digo que todos somos culpables.

SHIEL.—*(Con tono tranquilo e impersonal.)* James Dirnie puede estar en el Infierno, pero ¿qué es James Dirnie? Nada. ¿Y qué es David Shiel? Nada. En este mundo de apariencias vi algo..., pero solo un imperfecto sistema nervioso entre billones, un hombre, una fecha o dos, unas pocas direcciones, algunas notas en los libros de referencias, un conjunto de hábitos desordenados, una nauseabunda bolsa de mentiras. En el mundo real y grande, David Shiel es una simple apariencia, una parte, una máscara, una sombra. De modo que les digo: buceen más, más hondo... Olviden y luego recuerden. Desciendan, desciendan más y descubran lo que son. *(Levanta una mano, y mientras ellos se reagrupan, la*

música anuncia un majestuoso tema final, y las luces cambian de tal modo que la habitación parece haber desaparecido y vemos un ancho cielo al fondo, y delante de él dos columnas que podrían ser parte de algún templo remoto. Todo el efecto debe sugerir humanidad misma fuera del tiempo. Los muertos están agrupados en un lado y de tal manera, que parecen un número incontable, un conjunto del cual vemos solo el comienzo.)

PARKS.—Nosotros somos los que ustedes llaman los muertos. *(Comienza a desaparecer.)*

MISTRESS AMESBURY.—*(Con apremio.)* Rupert, hijo mío, el niño que di a luz...

RUPERT.—*(Lejano.)* Tu hijo, aun ahora, pero también algo más.

CHILHAM.—*(Suplicante.)* Pero tú viniste y me hablaste, tú, mi madre.

MISTRESS CHILHAM.—*(Con tono lejano.)* Sí, hijo mío..., sin embargo, otra ya.

SIR JAMES.—*(Con agitación.)* Yo tenía un amigo una vez..., murió ahogado.

TOM.—*(Frío, lejano.)* Un tonto en un sueño fue todo lo que encontré.

SHIEL.—*(Llamando.)* Maestro, esta música que creemos componer, ¿cómo llega hasta nosotros?

DOCTOR EBENTHAL.—*(El último de los muertos.)* El espíritu remueve la profundidad del lago, y nosotros somos las fuentes que interponemos. *(Los muertos han desaparecido ahora, y los vivos forman un apretado grupo como si fueran una sola criatura.)*

ANN.—*(En tono maravillado.)* Yo he descendido, descendido; y estoy viva y despierta, pero no sé quién soy, y esto parece no importarme, porque estoy viva, despierta, y no tengo pena.

PETER.—Recuerdo... estar agazapado en la caverna y ver el gran venado en las protuberancias y los huecos de la piedra, y luego pintar al gran venado y a las otras criaturas en las paredes de la caverna...

KATHERINE.—Era difícil al comienzo bajar de las desnudas colinas a las tupidas florestas, con los niños atemorizados por las sombras... Pero luego fue más fácil...

LADY SYBIL.—Cuando los hombres de rostros oscuros que vinieron por el metal regresaron a su barco, nosotras nos fuimos con ellos, y luego, cuando descendió la calma sobre un mar azul, nos sentamos y peinamos nuestros cabellos rubios, que los hombres oscuros amaban...

MISTRESS AMESBURY.—A través del desierto venían los soldados con sus grandes y brillantes cascos y los rostros de dioses y diosas grabados en sus escudos, e incendiaban nuestras ciudades...

PETER.—*(Extático.)* Yo recuerdo el tiempo en que el mundo se enfrió y llegó el hielo...

KATHERINE.—*(Extática.)* Yo recuerdo desde los tiempos del gran diluvio.

MISTRESS AMESBURY.—*(Extática.)* Yo recuerdo la época de la cocción de los ladrillos, y el torneado de la alfarería...

CHILHAM.—*(Del mismo modo.)* Yo recuerdo la época de los primeros canales...

SIR JAMES.—*(Del mismo modo.)* Yo recuerdo la época de las primeras fraguas...

ANN.—*(Del mismo modo.)* Recordar y recordar, sin lugar y sin tiempo...

LADY SYBIL.—*(Del mismo modo.)* Pero en todos los tiempos y lugares, desde que hubo hombres y mujeres...

KATHERINE.—*(Del mismo modo.)* Siempre adelante y más adelante joven, luego viejo, encontrando el amor o perdiéndolo...

SIR JAMES.—Y la culpa de uno es la culpa de todos, y uno no puede sufrir sin que todos sufran...

MISTRESS AMESBURY.—Y la tristeza, la expiación y el perdón, son en sí mismos una especie de profundo recuerdo.

PETER.—*(Con gran alegría.)* ¡Y ahora no puede existir el tú y el yo, o ningún ser aislado; y ya no somos prisioneros, sino libres, libres! *(La música ejecuta unos acordes majestuosos y un resplandor de luz llega desde el interior.)*

SHIEL.—*(Desde dentro, imponente.)* ¡Salve, gran corazón y pensamiento únicos!

LAS CUATRO MUJERES.—*(Al mismo tiempo o intercalando las voces.)*

Ahora podemos saludar
al corazón que late a través de nuestros corazones.
Al gran corazón de la tierra,
que es el amor mismo.

LOS TRES HOMBRES.—*(Al mismo tiempo o intercalando las voces.)* Ahora podemos saludar a nuestro común pensamiento, infinitamente más grande que nuestras inquietudes, al momento en que el mundo es consciente y sabio.

TODOS.—*(En un tremendo grito.)* ¡Salve!

UNA VOZ.—*(Tranquila y lentamente.)*

Olvidando mucho, recordando más, encontramos
el gran corazón único, el pensamiento eterno,
todo amor, todo sabiduría. Que nada desuna
este eslabón, esta visión unificadora. Guárdenos por siempre.

TODOS.—*(Muy rítmicamente.)*

Guárdenos por siempre. Guárdenos por siempre, siempre y siempre.
Por siempre y por siempre.

(Dicen esto a los acordes finales de la música, y reintegrándose de nuevo a sus lugares mientras sus voces se apagan y la música se hace más fuerte; la habitación aparece como antes y ellos en actitud de espectadores. BENDREX, *que está de espaldas al público,*

se mantiene completamente inmóvil. Cuando la música termina, todos se agitan y comienzan a hacer comentarios y a moverse.)

MISTRESS AMESBURY.—*(Que ha echado una mirada a* BENDREX, *en voz baja.)* Un momento, por favor, todos. Sé que estamos deseando comentar esta, en verdad, gran obra; pero veo que el pobre Charles Bendrex se ha dormido, y no creo que debamos despertarlo. Necesita todo el descanso posible. De modo que, por favor, ¿quieren permanecer silenciosos hasta que pasemos a la otra habitación, donde hay bebidas y «sandwiches»? *(Se oye un murmullo de aprobación. Hablando suavemente hacia el interior.)* Muchísimas gracias, David. Lo mismo a usted, míster Lengel. Ya le diremos nuestra opinión sobre la obra en la otra habitación. No queremos despertar a míster Bendrex. *(Se vuelve hacia* CHILHAM, *quien está mirando con interés el lugar del escenario por donde habían entrado los muertos.)* No, no, míster Chilham, no hay nada por allí; es por este lado. *(Cuando* CHILHAM *se vuelve ella le señala la salida.)*

CHILHAM.—*(Extrañamente turbado.)* Sí, por supuesto, lo había olvidado. (CHILHAM *mira otra vez, con asombro, la pared.)*

MISTRESS AMESBURY.—*(Observándolo gravemente.)* ¿Qué sucede, míster Chilham?

CHILHAM.—*(Dirigiéndole una mirada extraviada.)* ¡Oh!... nada... realmente... Lo siento... Debe haber sido la música.

MISTRESS AMESBURY.—Espero que haya disfrutado de ella.

CHILHAM.—*(Turbado.)* ¡Oh... sí..., hermosa! Pero temo que he caído en un mal hábito, en lugar de atender debidamente..., pienso en muchas cosas, ¿comprende?

MISTRESS AMESBURY.—Sí, yo también suelo hacer eso.

CHILHAM.—*(En un rápido arranque confidencial.)* Soy original de un lugar llamado Dunley, ¿sabe usted, mistress Amesbury? Toda gente de trabajo. Mi madre. *(De pronto se reprime y emite una breve carcajada.)* Bueno, no sé por qué debo aburrirla a usted con toda esa historia.

MISTRESS AMESBURY.—No me aburre, míster Chilham. ¿Estaba usted diciendo...? ¿Su madre?...

CHILHAM.—*(Un poco incómodo.)* ¿Mi madre? ¡Oh!, lo he olvidado..., una tontería... *(Se vuelve hacia* KATHERINE, *que se ha acercado a la salida y se halla cerca de ellos.)* Una obra muy interesante, mistress Shiel.

KATHERINE.—¿No la encontró usted pesada? Temí que podría resultarle aburrida.

CHILHAM.—No, nada de eso... El movimiento lento un poco largo, quizá. Pero el resto de primer orden.

MISTRESS AMESBURY—Estoy segura que a todos le ha gustado enormemente, mi querida Katherine, y tú debes sentirte muy orgullosa. Vamos. *(Señala el camino y salen seguidos por* KATHERINE. *Ahora se escucha lo que dicen* PETER *y* ANN *mientras salen lentamente.)*

ANN.—Peter, ¿tendrías inconveniente en que nos retiráramos temprano?

PETER.—No. Una copa y una palabra con Shiel y nos vamos, si te parece bien.

ANN.—*(Vacilante, con verdadero encanto.)* Sí, perfectamente. Peter, ¿te resultaría aburrido, si en lugar de acompañarme a casa entraras y conversáramos un rato?

PETER.—No; me gustaría, Ann. Pero, ¿sobre qué quieres conversar conmigo?

ANN.—Sobre cualquier cosa con tal que sea serio.

PETER.—¡Oh!, si es eso lo que quieres, hablaré hasta que te dé vueltas la cabeza.

ANN.—Mi cabeza quiere dar vueltas. Y, además, yo también quiero decir algunas cosas.

PETER.—*(Divertido.)* ¿Qué cosas?

ANN.—No sé todavía. Pero cuando escucho música como esta, se me ocurren las más extrañas ideas... *(Salen. Entonces* DIRNIE *y* LADY SYBIL *que habían estado hablando en voz baja, se acercan.* LADY SYBIL *observa a* PETER *y a* ANN. DIRNIE *la observa a ella.)*

SIR JAMES.—No necesitas mirar tan amargamente a esos dos muchachos. No pueden evitar el ser jóvenes.

LADY SYBIL.—No pensaba en ellos. Me preguntaba por qué has decidido tan repentinamente partir mañana para el Norte.

SIR JAMES.—*(Con cierta torpeza.)* Bien, no lo sé. De pronto pensé que me gustaría visitar nuevamente aquello. No he estado por allá desde hace mucho tiempo. Había allí un muchacho a quien conocí hace años... *(Se reprime.)*

LADY SYBIL.—*(Mirándolo con curiosidad.)* ¿Y?...

SIR JAMES.—Nada. He terminado. ¿Pasamos?

LADY SYBIL.—Un minuto solamente. Allí no podremos hablar.

SIR JAMES.—Podemos conversar después todo lo que queramos.

LADY SYBIL.—No, porque de eso te quería hablar. No habrá ningún después. Me escabulliré muy pronto de la reunión, y quiero irme a casa sola.

SIR JAMES.—*(Tranquilamente.)* Comprendo.

LADY SYBIL.—No estoy enojada, querido.

SIR JAMES.—No pensé que lo estuvieses.

LADY SYBIL.—Simplemente, prefiero que sea así.

SIR JAMES.—Y por eso, precisamente, sería mejor que no fueses a tu casa sola.

LADY SYBIL.—¿Qué es lo que quieres decir?

SIR JAMES.—Que no estás enojada, pero te sientes desdichada. ¿No es cierto? Lo sé.

LADY SYBIL.—Bien, Jimmie, lo admito. Me invadió la tristeza después que terminó la música. Nada tiene que ver con la música, porque, en realidad, no me preocupé mucho de ella, pero de pronto me sentí total y cruelmente infeliz. (SHIEL *y* LENGEL *aparecen desde el interior.)*

SIR JAMES.—*(Enérgicamente.)* Lo que ambos necesitamos son unas copas. *(Ve a* SHIEL *y a* LENGEL.) Muchísimas gracias. Me deleitó su obra.

LADY SYBIL.—*(Al sonreírles, mientras sale.)* Divina. *(Salen* DIRNIE *y* LADY SYBIL. SHIEL *y* LENGEL, *con aspecto algo cansado, se adelantan un poco.)*

LENGEL.—Volveremos a ensayar nuevamente alguna tarde de la próxima semana, necesito practicarlo bastante más, David.

SHIEL.—Me gustaría que marcáramos esos tres compases que tú dices que son de tan difícil digitación.

LENGEL.—Lo haré. Y te indicaré dónde debes dar a tu solista una pausa más larga, en el tercer movimiento. Pero lo que deseo ahora es un gran vaso de «whisky» con soda.

SHIEL.—Lo mismo yo. *(Observa al inmóvil* BENDREX *y lo señala.)* No muy halagador para nosotros, ¿verdad? Ni aun a su edad.

LENGEL.—*(Acercándose.)* Así es; puedo comprender que se hubiese adormecido unos minutos, pero... *(Después que lo ha mirado.)* ¡Hola! (SHIEL *se da cuenta de lo que su mirada significa y se le acerca, observando a* BENDREX.)

SHIEL—No está dormido, Nick. *(Uno de ellos hace girar la silla de* BENDREX *de modo que quede a la vista del público.)*

LENGEL.—Está muerto.

SHIEL.—*(Atrayendo a* LENGEL *hacia el frente, con apremio.)* Un médico es inútil ahora, pero tendrá que venir uno. Tú, vete directamente al «hall» y telefonea a alguno, que yo llevaré aparte a la señora Amesbury y le diré lo que ha sucedido. No es necesario atemorizar a todos.

LENGEL.—*(Mientras salen.)* Muy bien. ¡Pobre viejo Bendrex! *(Después que han salido se produce un sutil cambio de luz. La música del segundo acto se escucha muy lejana, como la sombra de un sonido. Después de un segundo entra* PARKS *por la entrada de los muertos, trayendo el sombrero de paja, mira un poco alrededor suyo y luego se acerca a* BENDREX.)

PARKS.—¡Míster Bendrex, míster! ¡Míster Bendrex! *(Llega una espectral sugestión de la luz solar de la escena anterior en que ellos intervinieron. Como* BENDREX *no se despierta,* PARKS *lo toca en el hombro.* BENDREX *abre lentamente los ojos.* PARKS *retrocede un poco, respetuosamente.* BENDREX *lo mira ceñudo, luego reconoce a* PARKS.)

BENDREX.—*(Lentamente, todavía como un hombre viejo.)* ¿Qué? ¡Ah..., Parks!... Debo haberme quedado dormido.

PARKS.—Sí, míster, me tomé la libertad de despertarlo, porque falta poco para la hora del almuerzo.

BENDREX.—*(Incorporándose lentamente.)* Gracias, Parks. *(Se lleva una mano a la cabeza.)* Me duele un poco la cabeza.

PARKS.—Es por el sol, míster. Pensé que podría necesitar esto. *(Le alcanza el sombrero de paja.)*

BENDREX.—*(Un poco maravillado.)* Gracias, Parks.

PARKS.—Este es el camino más corto, míster. *(Le indica la puerta por la que entró él, y luego se aproxima a ella.* BENDREX *se pone el sombrero, y de pronto se convierte en un sonriente hombre de edad mediana, y sale en el preciso instante en que cae el telón.)*

FIN DE
«MUSICA EN LA NOCHE»